Inspirada en el Universo de *Star Wars* y el guión de Inti Carrizo-Ortiz
STAR
RENACIMIENTO
WARS
Novelización de
ERIKA MORENO I.

El **Grupo Renacimiento**, último depositario de la filosofía Jedi, busca desesperado refugio en el planeta **Fondor**, mientras un antiguo compañero de lucha, ahora convertido en un **Ejecutor Imperial**, ha ido en su búsqueda poniendo su sable a servicio del malvado **Emperador Palpatine**. Una cruda lucha por la supervivencia y un relato de entrega y sacrificio es lo que narra esta novelización del exitoso cortometraje ***Star Wars: Renacimiento*** que profundiza como nunca antes las maravillosas y dramáticas historias que componen el guión de la cinta.

Descubre los secretos que encierran los personajes del ***Grupo Renacimiento*** y la magnitud del drama épico que encierra la historia en esta atrapante novela que continúa la saga de Renacimiento.

Renacimiento

Erika Moreno I.

Basado en el guión de Inti Carrizo-Ortiz

Inspirado en el universo de George Lucas

Autora: Erika Moreno Ibarra

Arte de portada: Michel Ripetti

Publicado originalmente en renacimientofilm.com y erikamoreno.net

Publicación del original: abril 2007

16 años antes de la batalla de Yavin

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

22.03.14

Base LSW v2.1

Declaración

Todo el trabajo de escritura, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Prefacio

Cuando leí por primera vez el guión del cortometraje **Renacimiento** (uno de los primeros borradores donde aún no existían ni los nombres de los personajes y en el que varios personajes y situaciones no habían sido creados aún) me di cuenta que era, más allá de un buen guión cinematográfico; una historia profunda, con muchísimo sentimiento y donde se veían esbozadas características de un argumento épico de proporciones que iban mucho más allá de un cortometraje de media hora (en aquel tiempo recuerdo que suponíamos que duraría no más de 15 minutos).

Justamente basada en este pensamiento es que me animé a escribir una pequeña novela en la que se pudieran desarrollar aquellas maravillosas líneas que expresara en su obra fílmica mi estimado **Inti Carrizo-Ortiz**, guionista y director de tan magnánima obra chilena.

En honor a su excelente trabajo, es que traté de apegarme lo más posible a su visión tan particular, tan profunda, tan rica y tan holgada del universo creado por **George Lucas**. No obstante, en las líneas de esta humilde novela también podrán apreciar parte de «mi pluma» con capítulos y conversaciones inéditas nacidas de mi imaginación inspirada no sólo por el excelente guión de Inti sino por los maravillosos «actores» que componen el reparto que llevó a cabo el magnífico trabajo que resultó ser esta pequeña gran pieza de ciencia ficción. Cada uno de los miembros del reparto, con su personalidad, dio vida a personajes profundos y llenos de aristas que no podían dejar de explotarse.

Renacimiento va más allá de un homenaje a la *«Galaxia muy Lejana», es una oda al esfuerzo y a la perseverancia, es una parte del imaginativo de este gran universo y una huella imborrable en todos los corazones que tuvimos el honor de participar en el proyecto.* Por tanto, más allá de una novelización, Renacimiento la Novela es un pedazo de mi propia historia, de mi propio mundo, de mi visión de *Star Wars*, de mi homenaje a un trabajo arduo en un país donde innovar tiene un alto precio, y un regalo a todos los que se atreven a soñar.

Erika Moreno I.

Dedicado a mi «editor» y mi compañero de vida,
El primero ser humano sobre la faz de la Tierra
En creer verdaderamente
En lo que escribía esta humilde servidora.
Por ti y para ti son estas líneas.

Gracias a Inti Carrizo-Ortíz
Por darme la oportunidad de ser parte
Del equipo maravilloso que es Renacimiento
Y por hacerme parte de su creación.
Además por creer en mí para Jedi 4
Que pronto convertiríamos en Siddhis Bellatrix.

Hace mucho tiempo
En una Galaxia muy, muy lejana…

Introducción

Corre sangre a través de la Galaxia. Tres años han pasado desde que la **ORDEN 66** fue activada y el Ejército liderado por el malvado **EMPERADOR PALPATINE** impone su voluntad sobre los sistemas que unificaba la antes gloriosa Republica Galáctica.

Jurando ciega lealtad al antiguo y corrupto Canciller Supremo, un grupo de Caballeros Jedi ha puesto sus armas a disposición del nuevo Imperio y, bajo el título de **EJECUTORES IMPERIALES**, han comenzado a dar caza a sus viejos compañeros de lucha, a los que llaman ahora enemigos de la Republica.

Perseguidos en el corazón de los Linderos Medios, un grupo solitario de renegados héroes de guerra, antiguos guardianes de la paz y la justicia, escapan junto a un valiente mercenario buscando un refugio que los libere de la exterminación y el olvido…

Capítulo I
Arribo a Fondor

Fondor apareció en la mente de Kudan Reikull antes incluso de verlo en la pantalla de visualización de la nave que maniobraba con una habilidad adquirida de costumbre de hacerlo.

Sus grandes ojos negros recorrieron los controles de mando de la Revostar 7 con la misma fascinación con la que podrían mirar un paisaje de belleza incomparable. Ambos, el carguero que ahora pilotaba y él mismo, eran oriundos de Corellia, así que se sentía aún más cómodo manejándolo que con otros transportes, y aunque siempre había sido un excelente piloto, un transporte corelliano parecía convertirse en una extensión de él mismo. Pero más que piloto, el Jedi Kudan Reikull era por designación de sus compañeros y por sus propios méritos el mejor operador tecnológico. No por azar se había convertido en el Operador Com-Scan del Grupo del Renacimiento y con sus múltiples habilidades computacionales lo había sacado de varios problemas en las pasadas aventuras.

El Grupo del Renacimiento. Ese nombre se había convertido en sinónimo de amenaza y peligro para los simpatizantes del naciente Imperio Galáctico. Un grupo subversivo compuesto por lo que quedaba de los Jedi. Los habían llamado rebeldes, los habían llamado terroristas, incluso los habían llamado traidores.

Kudan sabía que no eran ninguna de esas cosas porque un Jedi no podía ir contra su naturaleza, no podía negar su pasado como un guardián de la paz. Luchaban por sus vidas porque eran lo único que quedaba de aquel pasado glorioso de épocas más civilizadas, y ellos apostaban a que ese pasado debía volver, renacer para traer paz una vez más a la castigada Galaxia que alguna vez fue un ejemplo de democracia y de civilidad. No en sus últimos años, no mientras la corrupción se la comía desde dentro mientras era atacada sin piedad desde fuera, pero alguna vez en el pasado esa utopía lejana había sido una realidad y esa realidad debía renacer. Tal vez ninguno de ellos lo viera con sus propios ojos, pero el Jedi trabaja por el resto y sí habría ojos que contemplaran la Galaxia en paz.

Kudan se volvió hacia sus compañeros y los miró.

—Pronto llegaremos a Fondor —dijo con una tranquilidad que tal vez ni fuera tan real.

Keyor Alleguis asintió con preocupación. Ninguno de los cinco Jedi que viajaban en esa nave tenía buenos presentimientos respecto a esta aventura. Y Keyor menos que todos. Una extraña presencia casi fantasmal rondaba su mente y su corazón sin poder hacer nada por evitarla.

Se puso de pie nervioso, arregló su cabello castaño con la mano en un gesto reflejo y se acercó a Kudan.

—¿Seguro que no hay nadie siguiéndonos? —le preguntó, mientras contemplaba en el ventanal del conductor el punto que aún era Fondor en el firmamento plagado de estrellas.

—¿Me preguntas por lo que creo o por lo que veo? —contestó un poco sarcástico.

—¿Entonces también lo sientes? —En la intensidad de sus ojos miel se podía leer el desasosiego latiendo desbocado en su interior.

—Me encantaría decirte que no —contestó. El resto de la oración fue completada a la perfección en la mente de Keyor «pero sí».

—Fascinante, realmente fascinante —exclamó Alleguis con los labios llenos de sarcasmo, observando un firmamento lleno de estrellas que podría haber resultado hermoso para cualquiera, pero no para él en esos extraños momentos.

No había dos Jedi más distintos que Keyor Alleguis y Kudan Reikull. Mientras Kudan gozaba de una pacífica calma, Keyor exhibía un fuego que muchas veces se convertía en arrebato, mientras Kudan prefería esperar el momento correcto y preciso para resolver un asunto, Keyor ponía al servicio de la solución una pasión envidiable. Eran distintos y a la vez compartían la misma meta, el mismo fin, el mismo sueño. Y eran amigos y ambos habrían dado la vida el uno por el otro, tal cual la habrían dado por cualquiera de las personas que iba en esa nave, porque un lazo de amistad y lealtad, un lazo más fuerte y resistente que cualquier poder político o militar, unía a todos los miembros del Grupo del Renacimiento.

—Muchachos, ya saben lo que dicen de los secretos de dos —la voz de Siddhis los hizo mirar a ambos para atrás. Y los recibió una sonrisa irónica de labios negros—. Y eso se aplica el doble si el secreto es de ustedes dos en especial.

La Jedi los miró con la intensidad de sus ojos azules pidiendo una explicación.

—Estábamos hablando de las bondades del planeta que nos acogerá pronto —contestó Kudan. La verdad sus presentimientos eran demasiado oscuros como para compartirlos abiertamente y alarmar a todos. Mal que mal no tenían otra opción.

—Un Jedi mintiendo, eso sí que es nuevo.

Siddhis Bellatrix, la curadora Jedi, en estos tres años había aprendido a querer al Grupo del Renacimiento como una familia, esa familia que los Jedi de antaño no tenían permitido tener. A pesar de su intrínseca hosquedad, fruto del tiempo que pasó en los Bajos Mundos de Coruscant y de la influencia de la muerte de su maestro Sifo Dyas a temprana edad, había aprendido a abrir su corazón y su vida como nunca había conseguido hacerlo durante su vida en el Templo Jedi. Siempre se había sentido una extraña entre la gente; siempre, menos entre ellos.

—Si ya lo sabes, entonces ¿por qué preguntar? —Keyor casi sonrió para sus adentros al imaginar la contestación de Siddhis a su comentario.

—Alleguis, te has ganado una poderosa enemiga.

A pesar del comentario, Siddhis les sonrió a ambos con calidez, pero una extraña imagen de muerte y sufrimiento nubló toda la escena.

Miró a Nefer Jade que estaba sentada a su lado. La imagen de la Jedi y de su hijita en los brazos era la única que podía borrar lo que había visto a través de los ojos de la Fuerza.

—La niña duerme como si nada pasara a su alrededor —dijo Nefer Jade suavemente, mirando a su bebita con el semblante de ternura que siempre la había caracterizado. Miró a Siddhis y luego posó sus dulces ojos castaños en Kudan quien maniobraba la nave con habilidad.

Ella podría haber estado ahí, ella podría haber sido la que estuviera sentada frente a los controles del carguero, ella podría haber estado haciendo lo que realmente siempre le había apasionado: Volar. Hubo una época en que era ella, la gran piloto espacial Nefer Jade, quien estaba a cargo de esos menesteres, era ella quien sentía la adrenalina que le producía volar. A su memoria vinieron los recuerdos de aquella vez en que había manejado la Revostar 7 por aquel campo de asteroides, mientras escapaban de esa flota de cazas TIE[1] que los perseguían sin tregua: una verdadera hazaña digna de recuerdo. Ahora las cosas eran diferentes, en sus brazos su pequeña encontraba la protección que necesitaba y que era su obligación dar. No obstante, extrañaba esos días.

Siddhis captó los pensamientos de Nefer, pero no dijo nada. La nostalgia no era algo que pudiese solucionar con una palabra, aunque fuera sincera.

Pero existía algo que sí podía borrar la nostalgia y reemplazarla por amor y por fortaleza: Nefer miró a su niña mientras esta le sonreía tiernamente, su pequeña manito se levantó y tocó suavemente el rostro de su madre.

Nefer lo supo, o mejor dicho lo recordó: ella, su bebe, era lo que más amaba en el mundo, ninguna aventura podría reemplazar la intimidad y belleza de aquel mágico momento.

—Creo que no eres tú la que tiene que envidiarme, amiga —le comentó Siddhis, visiblemente conmovida por la escena que llenaba sus ojos.

Nefer la miró y le dedicó una sonrisa de agradecimiento a su compañera de armas.

—He recibido el mayor regalo que puede recibir una mujer con ella.

A pesar de las diferencias evidentes entre las dos mujeres, Siddhis y Nefer se había hecho muy buenas amigas.

—Sólo deseo que cuando crezca, no tenga que ver lo que nosotros hemos visto. Tanta muerte, tanto dolor.

—Para eso estamos luchando, Nefer. No te preocupes, llegaremos a Alderaan y nuestra hija estará a salvo.

Kitster Banai se sentó al lado de su mujer y la abrazó tiernamente.

—Ella estará bien y tú también lo estarás, yo te protegeré —le dijo el joven, mientras posaba sus ojos oscuros en su hija y se llenaba de la belleza de aquel momento.

—No necesito que me protejas, no te ofendas pero soy tan Jedi como ellos.

—Lo sé y no estoy dudando de tus capacidades, aún no olvido la poderosa Jedi que conocí en Nar Shadda.

—Más te vale que no lo hagas.

Kitster la volvió a abrazar y le estampó un tierno beso en los labios.

[1] TIE es la sigla inglesa para Twin Ion Engine (Motor de Iones Gemelos)

—Te amo y no olvidaría una advertencia tuya —le dijo mientras le dedicaba un guiño de complicidad.

—Yo también te amo —le contestó ella con dulzura.

Siddhis observó la escena con cariño. Nefer había encontrado el amor en el mercenario Kitster Banai, un ex esclavo liberado oriundo de Tatooine. Kitster había sido un gran aporte para el Grupo, a pesar de no ser Jedi, como mercenario, había puesto todas sus habilidades adquiridas con años de dedicación a su peligrosa profesión al servicio de todos ellos.

Se amaban con un amor que para un Jedi era difícil de comprender, pero que con el tiempo Siddhis había llegado a entender dentro de los parámetros que le eran posibles, parámetros que tal vez no estuvieran tan alejados de la realidad.

Desde un rincón los ojos oscuros y sabios del Maestro Nagai Dan grababan en su mente cada uno de los detalles de las conversaciones. Siempre lo había hecho y siempre lo haría. El hombre sabio es el que sabe observar y Nagai Dan era el estereotipo más perfecto de la sabiduría y la contemplación.

A pesar de ser un guerrero formidable, el maestro Dan, al igual que su antiguo padawan Kudan Reikull, el mismo que ahora estaba en los controles de la Revostar 7, prefería un debate dialéctico y la civilidad de una conversación entre entes inteligentes.

Él era el único del grupo que no había participado en las Guerras Clones, había sido el único que se había atrevido a desafiar al Consejo Jedi y mantenerse firme ante el desafío militar de la Galaxia. La guerra lo había alejado de su aprendiz Kudan, quien sí había jugado un papel fundamental dentro de las comunicaciones de la República en esos años. Irónicamente la Orden 66 lo había traído de vuelta a su vida cuando Kudan lo había salvado de una muerte segura en el Templo.

El maestro se acercó a su ex padawan.

—¿Estás bien, Kudan? —le preguntó con su voz calma característica.

—No, maestro —contestó Kudan que parecía haberse sumido en su interior, dejándose llevar por la preocupación.

—Debes tranquilizarte. Es la Voluntad de la Fuerza que vayamos a Fondor. Nunca olvides que eres un Jedi y que nunca dejarás de serlo.

Aunque hacía tiempo que no eran maestro y aprendiz, Nagai Dan seguía guiando a Kudan y Kudan seguía aceptando esa cariñosa guía puesto que lo había convertido en un hombre mejor y un luchador digno de cualquier rival. Nagai era como su padre, lo quería como su padre y lo respetaba con todo su ser y Nagai lo quería entrañablemente como si fuera el hijo que nunca tuvo. Ambos sufrieron la falta del otro durante las Guerras Clones y ambos agradecían a la Fuerza estar juntos en esta empresa arriesgada y hermosa llamada Renacimiento.

—Gracias a usted, no lo he olvidado.

Fondor se volvió una colosal forma delante de ellos. Las plataformas y los astilleros que viajaban alrededor de su órbita se iban haciendo reales y visibles a los ojos de todos los pasajeros del carguero que los conducía.

—Bien, Kitster, tu turno —avisó Kudan al mercenario, mientras los intercomunicadores de la nave hacían real una voz masculina mezclada con estática.

—Carguero Corelliano Revostar 7, se acerca sin aviso a la órbita de Fondor, se ruega que cambie su curso, no tiene permiso para ingresar a la órbita del sistema.

—Aquí carguero Revostar 7, necesitamos comunicarnos con el responsable, necesitamos ingresar a Fondor.

—Carguero Revostar 7, no tiene permiso para ingresar a la órbita del planeta…

Kudan miró a Kitster.

—A mí no me harán caso.

—¿No puedes usar tus poderes de Jedi?

—No es el momento para eso.

El mercenario se acercó al panel de mando y Keyor le dio su lugar junto a Kudan.

—Soy Kitster Banai, conocido del Regidor Sunfader, estamos en apuros, él me indicó que podría venir si era urgente y ahora lo es.

Un silencio tras las palabras del mercenario fue la única respuesta por varios minutos.

—Esto no está funcionando como pensábamos —comentó Siddhis.

—Más vale que sí resulte —dijo Keyor casi como una reflexión interna en voz alta. Se sentó junto a su amiga y compañera—. No te preocupes, resultará.

—Me gustaría compartir tus sentimientos optimistas, incluso sabiendo que no son reales y que me dices eso para calmarme porque eres mi amigo.

—¿Qué es lo peor que podría pasarnos? —le pasó el brazo por el hombro en una señal de afecto—. Tal vez tendrás tu oportunidad de practicar con tu espada de luz.

—¿Me lo juras? Porque no nos vendría mal un poco de acción como en los viejos tiempos.

—¡Vaya que no nos vendría nada de mal! Incluso tendremos la oportunidad de ver al gran Maestro Dan en acción ¿verdad, maestro Dan?

—Sí así lo quiere la Fuerza, así será —contestó Nagai Dan con una sonrisa tranquila y acogedora en los labios.

—¿Ves, mi estimada amiga?

Siddhis asintió en silencio. Agradecía la muestra de afecto, como agradecía haber compartido con todos ellos esos años. Ocurriese lo que ocurriese en Fondor, todos sabían que nada sería igual.

—Sí, es hora de mostrar de qué estamos hechos.

La Orden 66 había dejado una marca imborrable en todos ellos, todo lo que conocían, creían y amaban había muerto ese día. Todas sus convicciones, todas sus enseñanzas, todo su mundo había quedado hechos trizas. Todo había cambiado y los Jedi que habían sido en el pasado también habían quedado atrás. Por ende, las relaciones entre ellos eran distintas a las viejas relaciones que tenían los Jedi en el pasado, porque ellos ya no eran los mismos. Si las Guerras Clon los había marcado, la Orden 66 y el nacimiento del Imperio los había transformado en hombres y mujeres distintos. Siempre serían Jedi, pero habían tenido que adaptarse a las nuevas condiciones del nuevo mundo que nacía ante

ellos. Comenzaron a tener posesiones, algo a lo que un Jedi no estaba acostumbrado, y más que posesiones materiales, eran posesiones más valiosas y más difíciles de dejar ir: ellos se poseían el uno al otro, se apoyaban, se ayudaban y se querían en un mundo nuevo, hostil e imperfecto. En una Galaxia donde eran considerados traidores y terroristas y eran buscados como criminales asesinos, el único apoyo que poseían era el del uno por el otro. Y eso era una posesión, la más importante y preciada posesión. La Fuerza los unía, pero sería difícil aceptar alguna vez perder a alguno, sería como una mutilación y el cuerpo que era el Grupo Renacimiento nunca sería el mismo.

La Fuerza los había puesto en un camino que no había sido fácil recorrer. Sus antiguas creencias había quedado atrás, pero también sus obligaciones habían cambiado. Tal vez nunca imaginaron en el pasado que algún día terminarían realizando actos que algunos consideraban vandálicos en nombre de la libertad. ¿Alguna vez imaginó el pacífico maestro Nagai Dan que iba a participar en la destrucción de la fragata-prisión imperial «Engagevor» y que su nombre aparecería en la holored como uno de los criminales más buscados de la Galaxia?

En nombre de la libertad podían hacerse muchas cosas, en nombre de la libertad habían tenido que convertirse en terroristas, habían tenido que realizar grandes proezas y, como había ocurrido en el pasado en que habían pasado de ser Guardianes de la Paz a Soldados, hoy habían dejado de ser soldados para transformarse en guerrilleros. Y todo en nombre de la Paz, un concepto cada día más abstracto y efímero.

Era cierto que cuando aquellas «proezas» eran informadas ilegalmente a través de la holored una sensación de orgullo los llenaba irremediablemente. Keyor Alleguis sonreía de sólo pensar en los rostros de los oficiales imperiales teniendo que explicar antes sus superiores por qué el laboratorio secreto de armas bioquímicas de Falleen había sido saboteado y además de eso cómo había llegado a enterarse toda la Galaxia del ataque del Grupo del Renacimiento, poniendo en jaque a un régimen que trataba de mostrarse frío e impenetrable.

Aunque muchas veces se preguntaran en la intimidad de su pensamiento si había valido la pena ver morir el mundo que conocían y vivir para contarlo en un mundo absolutamente distinto, al poner en una balanza lo que el uno sentía por el otro; la camaradería, la amistad a toda prueba y el deber para con la Paz y la Libertad, las cuentas sacadas siempre eran favorables a que sí había merecido el esfuerzo descomunal realizado.

El planeta ya era un hecho frente a ellos. Nefer se puso de pie con su niña en brazos y contempló la atmósfera azulina de Fondor con un poco de nostalgia, con algo de tristeza, con miedo de lo que ocurriría y con un corazón lleno de amor por aquella criaturita que la miraba con ojitos angelicales, pero una voz femenina la sacó de sus profundos pensamientos.

—Esto no me gusta nada. No sé por qué deberíamos confiar nuestras vidas, nuestra seguridad, la seguridad de la bebé y de todo lo que hemos logrado a un perfecto

desconocido —las palabras de Siddhis fueron como un balde de agua fría en las ya atribuladas almas de los pasajeros de la nave.

—No es un perfecto desconocido —contestó Kitster con una voz retenida.

—Técnicamente sí lo es, para nosotros por lo menos —acotó Keyor—. Entiendo el sentimiento de Siddhis porque es un sentimiento que todos compartimos y no me digan que no es así porque estarían mintiéndome y mintiéndose. Yo le dije a Siddhis que no teníamos otra opción, pero después de esta espera eterna por una respuesta para entrar a Fondor creo que ya lo estoy dudando seriamente. No podemos esperar tanto, no cuando el Imperio viene pisándonos los talones. Estamos perdiendo un tiempo valioso.

—Pero créanme que al Regidor Sunfader yo le confiaría mi vida, así como se la confié antes. Sé que hemos esperado más del tiempo normal y que eso les está destruyendo los nervios, pero yo sé que resultará. Deben confiar en mí.

—No es fácil que nos pidas eso —el optimismo parecía una utopía en los labios de la Curadora Jedi Siddhis Bellatrix—. Si tú no te has olvidado de ese Regidor, él, al parecer, sí lo ha hecho.

—¿Cuántos lugares más conoces donde ir? ¿O tienes un plan mejor? ¿O tú, Keyor, se te ocurre algo?

—Si tuviera un plan mejor ya lo habría dicho, ya que este tampoco me gusta nada —contestó el Jedi. Una sombra oscura y terrorífica se cernía sobre ellos, una sombra que parecía más dolorosa y peligrosa de lo habitual. Él podía sentirla, Siddhis podía sentirla, miró la expresión taciturna de Kudan y supo que él también podía sentirlo. Incluso Nefer y el maestro Dan parecían intranquilos.

—Mientras no tengamos algo mejor, esta es la única opción —dijo con seguridad el mercenario, aún cuando el tiempo de espera ya estaba mermándola un poco.

—Sigo insistiendo en que debimos haberlo pensado mejor, llámalo corazonada Jedi o mejor aún, llámalo intuición femenina y esa nunca me ha fallado. —Siddhis parecía bastante intranquila y molesta, pero la mano de Nagai Dan sobre su hombro pareció darle la paz que le faltaba.

—Mantengamos la calma. La situación de por si es mala, no la empeoremos con discusiones, debemos confiar, como dijo Kitster, si no en el Regidor de Fondor, sí en la Voluntad de la Fuerza —la voz del maestro Dan fue un bálsamo para todos y sobre todo para el alma apasionada de Keyor Alleguis.

—Permiso para entrar en el planeta concedido, el hangar 306 está dispuesto —la voz sonó fuerte y clara en el intercomunicador.

Kudan asintió pensativo. Siddhis contempló el firmamento en todo su esplendor antes de tomar asiento para el aterrizaje, Keyor respiró hondo, Kitster abrazó a Nefer y Nagai Dan cerró los ojos conectándose fuertemente con la Fuerza.

Aún cuando las cosas parecían salir como querían, ninguno celebró los nuevos acontecimientos, ni siquiera el droide astromecánico R2D2 que los acompañaba.

R2D2 cargaba con un importante mensaje del secreto líder de la naciente Alianza Rebelde, Bail Organa, un mensaje que llamaba a una reunión a todos aquellos que

quisieran o eran parte del movimiento rebelde. El grupo Renacimiento debía llegar a Alderaan, planeta natal de Organa, era de vital importancia que eso ocurriese, la ayuda que podrían prestar a un movimiento Rebelde como aquel sería importantísima, después de todo lo que habían logrado ellos seis como grupo. Pero las cosas se habían complicado y el Imperio los seguía de cerca, la única esperanza era esconderse en Fondor para seguir su viaje luego.

Fondor era un planeta ubicado en la región de mundos libres del sector Tapani. El planeta pertenecía a las llamadas Colonias, sin embargo, era considerado un mundo Principal debido a su renombre como astillero y a su estratégica ubicación.

El carguero Revostar 7, alguna vez propiedad de Kitster Banai y hoy al servicio de la causa del Grupo Renacimiento, cruzó en vuelo tranquilo en medio de varios astilleros flotantes que rodeaban la atmósfera del planeta cual si fuesen satélites. Según algunas averiguaciones realizadas por Kudan en la holored, los trabajos de montaje de naves de mayor envergadura se realizaban en estas estaciones flotantes.

Una atmósfera azulina los envolvió y la nave cruzó como un pájaro rasgando el cielo a través de bosques y valles de intenso verde, luego montañas y los domos y ferries que caracterizaban las estructuras de Fondor, todos coronados con la hermosa y típica figura del Ángel de Fondor, llamada el Ángel de Nallastia, al igual que una de las lunas colonizadas de Fondor. Según los informes, estos ángeles serían antenas de receptoras que mejoraban la recepción de todo tipo de comunicaciones, a pesar de la naturaleza alejada del planeta. El Ángel de Nallastia era la figura representativa del planeta, todos los edificios y todo tipo de transporte que se dijera fondoreano lo tenía en su estructura.

Pero la preocupación y una oscura nube de malos presentimientos llenaban la mente y los corazones de los tripulantes como para disfrutar completamente el hermoso paisaje que les ofrecía el planeta.

Siddhis y Keyor ya se habían cubierto la cabeza con sus capuchas de Jedi, Nagai Dan los imitó.

—Cúbrete, Nefer —le dijo Kitster. Luego contempló un buen rato a su hijita.

—No la mires así. —Nefer estampó una suave caricia en el rostro del mercenario—. La salvaremos.

—Y también nosotros —afirmó Banai con decisión—. Estaremos a salvo en Fondor, te lo prometo.

Kudan se dio vuelta y miró a sus amigos con la profunda mirada de aquel que mira a través de la Fuerza.

—Ha llegado la hora —les dijo y se cubrió con la capucha.

La plataforma 306 estaba rodeada por el paisaje urbano de la ciudad principal, tras ella, el Palacio del Regidor, llamado Palacio de El Dactario, emergía como una estructura colosal y tecnológica mezclado con el toque clásico del planeta. Era hermoso el Palacio de El Dactario, a pesar de la majestuosidad de los otros edificios que decoraban la superficie del planeta, no existía ninguno más colosal que este centro del gobierno

fondoreano, una figura que dominaba una ciudad de trabajadores sencillos y de belleza mezclada con la practicidad.

El joven Capitán de la Defensa Fondoreana Tarius Alerios formó a un grupo de sus leales soldados en la plataforma de aterrizaje.

Con una señal de su mano y una voz ronca y potente, el capitán impartió sus órdenes, con seguridad y una expresión dura como una roca.

—¡Quiero el perímetro listo y asegurado ahora mismo!

Los soldados se movieron a través de la plataforma, tomando sus posiciones en una rígida actitud.

Tarius permaneció impávido a la llegada del Regidor Andros Sunfader y su fiel asistente Cleops Ninferrie.

Sunfader miraba preocupado el cielo, Tarius lo sabía, lo conocía muy bien, siempre había sido muy cercano a él y había aprendido a conocer y a interpretar cada uno de sus movimientos. Hoy el Regidor de Fondor estaba preocupado, muy preocupado.

El regidor Andros Sunfader pertenecía a la raza de los t'wilek, los dos tentáculos, llamados lekktus, que nacían del extremo superior de su cabeza donde yacía una especie de tocado con una hermosa gema azul, bajaban como dos cascadas por su rostro blanco. Sus ojos, de mirada quisquillosa y algo desconfiada, eran casi del mismo color de su piel, a excepción de las pupilas en forma de x. El hermoso traje azul ceremonial, hecho de finas telas, lo distinguían en su altísimo rango.

Cleops Ninferrie, su asistente, tomó el intercomunicador de su cinturón, mientras la brisa agitaba su largo cabello negro peinado hacia un lado.

—Atención Fondor 1. Atentos. La nave está aquí. Quiero máxima discreción ¿Entendido?

Los motores de la nave que se acercaba ya eran evidentes.

—Aquí vienen —dijo Sunfader en una extraña lengua gutural, pero que sus hombres entendían a la perfección.

La nave llegó a la plataforma y se posó con la delicadeza con la que una mariposa se posa sobre una flor. Kudan era un excelente piloto y no tuvo problema alguno con el aterrizaje.

Una rampa salió desde adentro del carguero cual si fuese una lengua y el humo blanco de los motores lo llenó todo.

Desde el interior, los presentes en la plataforma vieron emerger una figura desde la niebla blanca. Era Keyor Alleguis, delante de él estaba R2D2 y a su lado surgió la figura femenina de Siddhis Bellatrix. Los tres avanzaron algunos pasos, mientras surgían nuevas figuras ante la vista del Regidor: Nagai Dan, Kudan Reikull, Nefer Jade y su hijita en los brazos.

Sus rostros presentaban un denominador común: la preocupación. Venían con seños fruncidos, miradas suspicaces. Keyor y Siddhis caminaban aferrando con fuerza la empuñadura del sable en el cinto.

Algunos soldados los miraron con respeto y admiración: eran leyendas vivientes de una mejor época, eran héroes de guerra que caminaban delante de ellos. Seguramente el más emocionado era el joven Tarius, sus modelos a seguir eran esos hombres que habían sido grandes generales en las Guerras Clones, jóvenes que como él habían ganado grandes honores y que a pesar de ser fugitivos cazados por toda la Galaxia sin la menor piedad, seguían mostrando su eterna majestuosidad.

Tarius se sintió orgulloso al ver como uno de ellos lo saludaba con una inclinación de cabeza. El joven respondió con un ademán similar. Su rostro era inmutable, pero su interior hervía de alegría.

Y ese Jedi era Keyor Alleguis, comandante de las tropas republicanas que lucharon en los lindero medios durante las Guerras Clones, héroe de guerra, poderoso y a la vez pacífico, no temía perder su poder porque este radicaba en su sabiduría adquirida a corta edad y eso nadie podía arrebatárselo, sólo temía a una cosa: perder a sus amigos, su pilar ahora que todo lo que creía se había derrumbado. Cada uno de ellos era parte de su vida, una parte indispensable que no podía permitirse perder: ni al indomable poder interior de Siddhis, ni a la sutil fortaleza de Kudan, ni a la sabiduría de Nagai, ni a la suave entrega de Nefer. Todos eran uno, todos eran parte de él como él era parte de ellos. Ellos eran Jedi de los nuevos tiempos donde los lazos fraternales eran más valiosos que cualquier arma y más escasos que cualquier dinero.

Kitster Banai caminó a paso firme y seguro por entre medio de los Jedi y se posó con determinación frente a Andros Sunfader. Tenía determinación, aunque lo que pedía era en extremo delicado, tenía determinación porque con ello pretendía salvar a las dos personas más importantes de su vida: Nefer y su bebita.

El Regidor parecía molesto. Kitster lo conocía. Habían pasado varios años desde que se habían visto por última vez, pero ambos seguían siendo conocidos en profundidad el uno para el otro.

—¿Tienes la mínima idea de lo que estás haciendo? —lanzó sin siquiera un ademán de saludo. Sunfader hablaba casi en una reprimenda en su extraño lenguaje. Gesticulaba y apuntaba con el dedo. Realmente estaba enojado.

—Regidor… —Banai trató de explicarse, pero Sunfader no lo dejó explayarse y siguió hablando como si no hubiera escuchado nada.

—Tengo un negocio que administrar. Obreros… ¡familias completas! Debo velar por sus intereses. ¡Esta vez te has propasado, hijo!

Los Jedi miraban con preocupación; una negativa a permanecer en Fondor equivaldría casi a la pena de muerte, era quedarse o morir. Y sinceramente, ninguno de los cinco Jedi tomaba muy en serio la opción de sobrevivir tampoco.

—No tienen donde ir… —el mercenario hizo un ademán de señalar a sus amigos con la esperanza de que al verlos, Sunfader reaccionara favorablemente, pero el Regidor no pareció responder a este estímulo.

—Estos hombres tienen la pena de muerte en toda la galaxia. ¡Más de la mitad de la flota imperial anda tras ellos! Estos astilleros han luchado por conservar su neutralidad durante años. No queremos su guerra aquí. Es malo para el negocio.

Los antiguos héroes de guerra se mostraban intranquilos. Siddhis posó con preocupación sus ojos azules en Kudan y Keyor, no obstante el segundo parecía tener ojos sólo para el Regidor que les negaba algo tan humanitario como asilo y hablaba de neutralidad cuando ese concepto había muerto junto a la República. Kudan por su parte se mostraba sumido en extraños pensamientos, como si la conversación que se desarrollaba frente a él no fuera más que un mero trámite, sabiendo que el peligro radicaba precisamente en que ocurriera lo que ellos querían.

—No nos quedaremos. Solo necesitamos otro transporte y provisiones para llegar hasta Alderaan —explicó el mercenario.

—¿Alderaan? —Sunfader pareció sorprendido.

Kitster asintió levemente mientras se volvía para mirar a R2.

—R2, el mensaje —pidió al droide astromecánico.

Varios pitidos, que ya para ellos sonaban casi humanos, llenaron la plataforma, la cabeza de R2 se movió en su eje, mientras frente a todos aparecía un holograma azulado con la forma de lo que, al parecer, era Bail Organa de Alderaan. Andros lo conocía bien, por lo menos de reputación, así que no tuvo problemas para identificar, a pesar de la estática y las interrupciones que afectaban la imagen y la voz, al que se señalaba como uno de los importantes líderes de la no menos supuesta rebelión.

—El nuevo régimen controla ahora todos los canales de comunicación… pero no podrán controlarlas por siempre… He escondido instrucciones específicas… en la memoria de esta unidad R2 para una reunión secreta en el sistema Alderaan. Cito a todos aquellos que desean recuperar la antigua gloria de la Republica, a estar ahí. Se acaba el tiempo… Que la Fuerza nos acompañe.

El rostro de Andros Sufader pareció suavizarse al escuchar el mensaje, sobre todo al mirar a Nefer y su pequeño bebé. Bajo ese manto de actitud quisquillosa y fría, se escondía un ser con sentimientos nobles, el ser que había liberado a Kitster Banai de las garras de la esclavitud en Tatooine hacía ya varios años en uno de sus viajes de negocios a través de la Galaxia. En esa ocasión había sido atendido de manera impecable por un mayordomo esclavo llamado Kitster Banai. En recompensa por sus leales servicios y una verdadera amistad, Andros había decidido comprar la libertad de Banai.

—Es lo único que nos queda —la voz del mercenario parecía suplicante.

—Me voy a arrepentir de esto.

Andros murmuró algo a su asistente Cleops y esta asintió.

Kitster miró a sus compañeros, al parecer lo había logrado, pero para los Jedi el manto de peligro parecía haberse acrecentado en vez de haber disminuido con los acontecimientos. La Fuerza les anunciaba algo muy extraño, algo cercano, algo definitivo.

—No me gusta —susurró de manera casi imperceptible Siddhis—. Nunca me gustó este plan.

Nagai Dan asintió gravemente.

—Debemos tranquilizarnos para escuchar a la Fuerza, sino su voz se perderá en los ecos de nuestros pensamientos.

Pero algo estaba pasando, algo que no podían ya acallar en sus corazones.

Keyor bajó la vista, buscando en él la respuesta, una respuesta que tal vez debió haber buscado antes de llegar a esta situación. Tal vez aún era tiempo, tal vez aún podían salvarse.

Kitster miró a los ojos a Siddhis. Aunque él no fuera un Jedi ni tuviera la aguda percepción que estos poseen, los ojos de ella lo decían todo y se preocupó hasta lo más interno de su ser.

La voz de Cleops Ninferrie los sacó de sus pensamientos oscuros.

—Desde la costa parte todos los días un carguero hacia el sector de Alderaan con materiales e insumos. Yo los conduciré hasta el hangar, donde podrán tomar un transporte hasta allá. Viajarán camuflados como obreros. No queremos llamar la atención, ¿entendido?

Asintieron. Pero la tensión se leía en sus rostros cansados.

—Gracias, Regidor… sabía que podíamos contar con usted. —Kitster colocó su mano en el brazo de Sunfader en señal de su respeto, cariño y agradecimiento. Lo que estaba haciendo por ellos era impagable y la deuda que tenía para con él ahora era eterna: una deuda de gratitud.

—Estoy arriesgando mi propia libertad, hijo. Y la libertad de todo Fondor. Espero que lo sepas.

—Regidor Sunfader… Ud. sabe que la libertad de Fondor depende de que estos hombres lleguen a su destino —explicó con certeza el mercenario. Y llevaba razón. Los conceptos de neutralidad y de libertad eran simples palabras en esas turbulentas épocas. Eran recuerdos de épocas mejores y más civilizadas, pero no tenían sentido en esos tiempos. Tarde o temprano el imperialismo llegaría a Fondor, podría ser hoy o en un mes estándar más, tal vez un año incluso. Para esos efectos daba igual, la única salida radicaba en derrocar al Imperio, porque esconderse ya no era viable: era luchar o morir, quizás ambas.

El capitán Alerios se personó frente al Regidor con el rostro descompuesto, era portador de malas noticias, de las peores noticias que sus labios hubiesen anunciado en toda su vida.

—¡Señor Regidor! Com-scan ha detectado una flota de cruceros de guerra que ha salido del hiperespacio —su tono era marcial, su expresión también podría parecerlo para el común de las personas, pero no para Cleops. Ella lo conocía bien, gran parte de sus habilidades yacían en los entrenamientos que él le había brindado. Se conocían, respetaban y querían y la asistente del Regidor pudo leer en esos ojos negros un miedo más allá de lo imaginable. Y ella también tuvo miedo.

—¿Cruceros… de guerra?

—Destructores estelares, señor.

Las palabras parecieron dagas en el corazón de Sunfader. Hizo un gesto casi de dolor al escucharlas y se removió preocupado, furioso e impotente.

Keyor Alleguis sintió como un golpe en el corazón. Su voz, en un susurro contenido, emergió como un grito cavernoso de las profundidades de su alma.

—El Imperio… —dejó la frase abierta, no necesitaba ser completada, sus peores sospechas y pronósticos se hicieron realidad.

—Nos descubrieron… —completó, sin embargo, el mercenario, haciendo evidente que ya nunca más nada de lo que conocían sería lo mismo. Esta misión era definitiva.

Siddhis hizo un gesto casi de repulsión por lo que escuchaba, un «se los dije» hubiese sido poco elegante en un momento como ese, y era mejor callar y enfocar su pensamiento en la ardua búsqueda de una salida al túnel en penumbras donde se encontraban.

Era la primera vez que en los ojos del maestro Nagai Dan brillaba una duda, brillaba el miedo, y Kudan se refugió en su capucha, ocultando su rostro, porque verlo así habría equivalido a caer en una profunda desesperación y no podía darse ese lujo ahora. Nunca lo había visto así y si tenía que morir ahí sería sin ver asustado al que era su pilar de fortaleza y entereza.

Sunfader agachó la cabeza. Ya no había nada que hacer, no podía revertir la situación, era su deber y su destino estar en las circunstancias en las que estaba, debía responder con la grandeza de un noble como él. Subió la vista y miró de frente a Kitster.

—Bajen hasta mis cuarteles personales. Pase lo que pase, no se muevan de ahí —su voz era imperativa.

Uno de los soldados, en respuesta a un mandato de su capitán se dirigió a los Jedi.

—Por aquí —les indicó y les alentó a seguirlo.

R2D2 lanzó una serie de pitidos, mientras seguía dócilmente al soldado. Cada uno de los Jedi caminó e hizo una respetuosa reverencia de agradecimiento al Regidor. Sunfader respondió sólo con su silencio.

Luego que los vio pasar uno a uno, se dirigió a su asistente y al capitán.

—Alerte a todos los comandos, Capitán. Y usted, mi leal Cleops, comuníqueme con la fragata insignia. Yo me encargaré de todo.

Ambos asintieron. Ambos se miraron con una mirada que expresaba un fraternal «te quiero, cuídate».

Tarius Alerios dejó la plataforma, debía alistar a sus tropas, la paz había dejado Fondor.

El Regidor miró el cielo. Sus ojos parecían idos, sumidos en una incertidumbre desconocida en él que se había movido siempre en asuntos que manejaba y donde era el amo y señor. Hoy no, estas negociaciones no podría manipularlas, no podría balancear las cosas a su favor con simples palabras y eso era la única arma que tenía en esos momentos.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —musitó.

Capítulo II
Ejecutor Imperial Drellis

El espacio aéreo de Fondor se vio conquistado por varios cruceros imperiales. Sus grandes cuerpos, majestuosos, impolutos e imponentes rasgaron el firmamento lentamente, acercándose al planeta como un depredador a su indefensa presa.

La respiración de Darth Vader llenó el puente de mando del Destructor Imperial Insignia Exactor, un prototipo Vénator modificado que aún no se convertía en los que en un futuro no muy lejano se llamaría Clase Imperial. El Señor Oscuro había visto los planos, pronto el Exactor sería la nave más terrorífica de la Galaxia. Los ojos humanos de Lord Vader tras la intimidante máscara observaban como su flota tomaba posesión del cielo que le perteneció a Fondor.

La presencia cercana de los Jedi lo llevó a antiguos recuerdos guardados bajo miles de llaves en su corazón frío como la superficie de Hoth. Recuerdos que hoy eran amargos, recuerdos de camaradería. Bajó la vista unos segundos, mientras el sentimiento se transformaba poco a poco en odio, mientras los recuerdos eran enterrados una vez más, mientras los amigos se transformaban en traidores, mientras los compañeros se transformaban en enemigos y Anakin Skywalker volvía a convertirse en Darth Vader, el Oscuro y Malvado Señor Sith.

Habían escapado de alguna forma de la Orden 66 y se las habían arreglado para escapar todos esos años. Pero no ahora, no esta vez. Y esa presencia… una presencia extraña y a la vez tan cercana, tan distante y a la vez tan real, tan palpable… Una oleada de sentimientos incontrolables lo llenó: Tatooine, su madre, Watto, la carrera de Vainas, Qui-Gon Jinn, Obi-Wan Kenobi… Padmé… Odio, sólo odio había en él, la pena, la frustración, el miedo, todos esos sentimientos eran odio, un odio completo e infinito contra sí mismo, contra lo que había hecho, contra lo que estaba por hacer. Y de alguna forma sintió que los culpables de esos sentimientos y esas atrocidades no eran él mismo, sino ellos, todos ellos, cada uno de ellos.

Se dio media vuelta y caminó lento e imponente hasta la marcial figura de Drellis.

Otrora Drellis Duskrider, hoy Ejecutor Imperial Drellis. Un hombre austero, un hombre leal, un Jedi. Para él, seguía siéndolo, seguía siendo el defensor de la República, del Canciller Supremo, de la Galaxia. Aún se preguntaba cómo sus compañeros habían podido traicionar de esa manera tan baja a todo lo que creían, todo lo que defendían, todo lo que eran. Esos mismos que ahora se escondían como ratas en Fondor, habían sido sus amigos, sus compañeros, su familia. Traidores, era la única palabra que llenaba cada uno de sus recuerdos y de sus pensamientos. Traidores y debían morir por ello.

Así fue como puso sus muchas habilidades al servicio del que fue Canciller Supremo y hoy era su Emperador, porque era la forma de seguir protegiendo la Galaxia de esos terroristas rastreros y arteros. Él era el héroe, él era el Jedi del futuro.

Frente a él se alzaba la figura holográfica de Andros Sunfader. La presencia de Lord Vader a sus espaldas fue como una mano en el hombro, un apoyo, una reafirmación.

—No nos intimidan con sus cruceros, Drellis. Retiren sus chatarras de Fondor y no vuelvan más.

Drellis sonrió irónico, como solía hacer desde hacía algún tiempo. Luego se irguió y volvió a su rígida posición marcial característica.

—Lo haremos, Sunfader… lo haremos. En cuanto nos entregues pacíficamente a los criminales que tienes bajo tu custodia.

—¿Criminales?… No sé de qué está hablando…

—Jedi, Sunfader —interrumpió el Ejecutor con voz poderosa e imponente—. Un grupo particularmente poderoso, además. Una célula terrorista que se hace llamar Grupo del Renacimiento —al decir ese nombre un nudo en el estómago lo afectó, fue un segundo en que deseó no estar en esa situación, sin embargo, fue un segundo, tras el cual volvió a sentir odio y rabia por aquellos hombres que no merecían haberse llamado a sí mismos Jedi.

—Pero…

—Nada, Sunfader, sólo le estoy dando la oportunidad de hacer lo correcto y entregar a este conocido grupo subversivo ante la justicia.

—No hay Jedi en Fondor, Ejecutor Drellis. Busque a su grupo subversivo en otro sistema. —La voz de Sunfader se oía segura, no obstante, hablaba con un Jedi, el Jedi del futuro, el héroe que podía hurgar en sus pensamientos con la misma facilidad que podría tomar su mugroso planeta.

—Gracias por su tiempo, Regidor —la palabras de Drellis iban cargadas de ironía y sarcasmo.

La imagen de Sunfader desapareció ante los ojos del Ejecutor. Drellis se dio media vuelta y se enfrentó a la máscara sin rasgos que era Vader.

—Es evidente que Andros Sunfader miente, Lord Vader. Los traidores están en la zona capital. Los encontraremos sin problema.

—Bien. Haz lo que quieras con los Jedi, Drellis. Pero tráeme al mercenario vivo —la voz metalizada de Vader llenó el lugar con su acento frío y tenebroso.

—¿Vivo? —a pesar del respeto que le provocaba el aprendiz de Palpatine, Drellis tenía una impresión de lo que el Emperador había pedido y no iba a guardársela sin expresarla—. Pero, mi Lord, el emperador…

—Yo responderé ante el Emperador. Este mercenario puede darnos información valiosa para nuestra cacería. Lo quiero vivo —esa voz exigía respeto, exigía obediencia.

—Haré lo que pueda, Lord Vader. Pero no puedo asegurarle nada.

Vader asintió como si tratara un asunto sin la menor importancia.

El espacio ya estaba repleto de cazas TIE, el sonido de la ocupación era evidente y con él el sonido de la victoria era aún más evidente.

Drellis se volvió hacia el oficial que estaba cerca, mirando la escena en absoluto silencio.

—¡Oficial! —llamó con su potente voz. El oficial asintió de manera marcial y caminó con paso firme hasta él.

—¿Si, señor?

—Prepare sus tropas para un ataque de superficie —ordenó.

—Inmediatamente, señor.

—Ah y que alisten los nuevos prototipos… es una buena oportunidad para probar su eficacia en terreno. —Drellis sonrió pensando en los nuevos prototipos.

—Por supuesto, señor, las nuevas tropas ya están listas…

—Excelente.

Ambos salieron del puente de mando. Así como para los Jedi, la hora del enfrentamiento había llegado.

El triunfo estaba cerca, demasiado cerca. Esta vez era personal, esta vez sería casi como una sanación personal. Estar frente a frente a esos traidores, estar frente a frente a Keyor Alleguis… la Fuerza osciló como una bandera en su interior, era hora de poner punto final a un asunto muy doloroso en su vida, después de todo, cada uno de esos Jedi estaban muertos en su interior, lo de hoy sólo sería un punto final extremadamente necesario.

* * *

Una imagen holográfica llenó el lugar donde antes había estado el Regidor. Vader no se sorprendió, él mismo había pedido esa conexión.

—¿Está todo listo, caza-recompensas?

Era Boba Fett, el mejor y más temido caza-recompensas de toda la Galaxia.

—Por supuesto, Lord Vader.

—Bien… asegúrate de que cumpla su trabajo como se le ha requerido.

—Así se hará.

—Puedo ver a través de ti, Caza-recompensas. —Vader acentuó su frase con un movimiento intimidador de su dedo—. No falles donde tu padre falló antes.

—Los Jedi morirán, mi lord, se lo garantizo.

Claro que morirían, aunque no confiaba del todo en ese Drellis. Aún albergaba sentimientos por esos Jedi que alguna vez fueron sus amigos, después de todo, el Lado Oscuro no estaba en él, no era un Sith, se aferraba a la Luz como quien se aferra a un madero en un mar tormentoso de oscuridad. «Por el momento nos servirá» pensó el Señor Sith «por el momento».

Se dispuso a mirar por la ventana de su crucero como la nave del Ejecutor Imperial surcaba el cielo hasta la órbita de Fondor, sin preocuparse siquiera por la presencia a su lado del fiel y lógico oficial Tash Khart, un hombre distante, confiable y de mirada impenetrable.

Luego, traspasado por extraños sentimientos, Lord Vader dejó de mirar el espacio y solo cruzó por el puente de mando con las manos atrás, sin preocuparse tampoco por la mirada de terror que le dedicó el oficial Khart al verlo pasar. No sería ni la primera ni la

última vez que alguien lo miraba con temor. El «Héroe sin Miedo», como alguna vez llamaron a Anakin Skywalker, hoy se había convertido en el miedo mismo.

* * *

Los rostros de Andros Sunfader y de Cleops Ninferrie parecían una estatua de duracero, el miedo que no podían demostrar parecía salírseles por los poros de todo su cuerpo al ver como un transporte imperial irrumpía en la pista de aterrizaje, varios speeders surcaron el espaciopuerto trayendo las nuevas tropas de asalto, prototipo TK, en sus inmaculados uniformes blancos. Soldados sin rostro, sin identidad, asesinos precisos y sin sentimientos.

Poco a poco fueron tomando la plataforma, poco a poco fueron adueñándose del espacio y poco a poco, Sunfader y su asistente fueron quedando reducidos moralmente, todo había cambiado en tan poco rato que no era fácil de asimilar.

Sunfader miró a su asistente.

—Que todas las tropas mantengan sus posiciones. Que no se acerquen aquí por nada. Nosotros lidiaremos con ellos.

Cleops asintió levemente, mientras mandaba la orden a través de su comunicador rápidamente a Tarius Alerios.

—Mantengan posiciones, es una orden, repito mantengan posiciones hasta nuevo aviso.

—Entendido —la voz de Tarius sonó al otro lado del intercomunicador con algo de interferencia, pero para Cleops sonaba lo suficientemente bien para captar su profunda preocupación.

Pero los peores miedos de Sunfader se hicieron realidad al ver aparecer desde una nube de humo blanco las esbeltas e imponentes figuras de dos Guardias Imperiales Reales, en sus túnicas escarlatas y sus cascos que ocultaban a la criatura que había abajo, surgiendo como fantasmas bermellón desde las entrañas de una nave clase lambda que, a pesar de ser un modelo bastante nuevo con sus tres alas y corte elegante, ya era símbolo de poder y miedo en la Galaxia. Aunque había sido diseñada como nave carguero, la suavidad de sus líneas mezclada con la imponencia que destellaba la hacían perfecta como nave de pasajeros, incluso algunos tan importantes como el mismísimo Emperador y su fiel mano derecha Vader.

Y peor incluso que ver descender a los Guardia Imperiales Reales del Emperador, fue ver que Drellis venía en medio de ellos, caminando marcial y altivo, con la vista segura y la Fuerza de su lado. El traje militar, muy distinto al de un Jedi y más parecido al de un gran general, con sus botas negras, su chaquetilla y pantalones plomos y las altas hombreras rojas, lo mostraban poderoso y orgulloso.

Drellis se posó frente al Regidor con aires de grandeza, la compañía de los Guardias Imperiales era símbolo de que su visita a Fondor no era precisamente unas vacaciones y que sus palabras eran las palabras del mismísimo Palpatine. No obstante, Sunfader no

tenía intenciones de apocarse ante esta imponente figura: el planeta era su mundo, era su hogar y su fuente de dinero, no lo perdería sin hacer algo al respecto, sin importar si era el propio Emperador quien quería arrebatárselo.

—Lo siento, Ejecutor Drellis. Creo que no fui suficientemente claro durante la última transmisión. Lo quiero fuera de Fondor ahora mismo.

—Regidor Sunfader, vengo aquí como representante de su Alteza, el Emperador Palpatine. Como representante de la ley…

—La ley Imperial no es válida aquí, Drellis —interrumpió el Regidor con un paso adelante.

Drellis bajó la vista y sonrió irónico. No podía creer que alguien le dijera eso y aún más, se lo creyera.

—¡Ah, qué no sabes! La ley marcial es válida en toda la Galaxia, Sunfader, me extraña que un regidor como tú no lo sepa, me extraña que me lo digas.

—No me asustan las extorsiones de su Alteza. No encontrarás aquí la sonrisa hipócrita de los que se someten a tu Emperador haciendo como que todo sigue igual.

Drellis hizo un gesto negativo, pero conservó la calma ante tan osada contestación, después de todo, él tenía el control.

—Ya veo. Si te niegas a cooperar no me queda más remedio que ordenar la inmediata reorganización de la administración de estos astilleros.

No había odio ni rabia en esas palabras, sino el tranquilo tono de aquel que tiene todo bajo control, de aquel que maneja todo y a todos, de aquel que no amenaza sino que cumple a cabalidad sus palabras y designios.

—¿Qué insinúas? ¿Qué quieres decir? No puedes…

Ninguna de las explicaciones, palabras, reclamos del Regidor importaron al Ejecutor Drellis, la decisión estaba tomada incluso antes de aterrizar en Fondor.

—Bajo el poder que me entrega el Código Marcial Imperial, coloco a esta estación y sus trabajadores dentro de la jurisdicción inmediata del Imperio Galáctico. Nosotros nos encargaremos desde aquí.

El rostro albo del Regidor pareció desencajarse. No podía estar sucediendo eso, no podía ser que sus oídos estuvieran oyendo esas palabras, no podía ser, no podía ser…

—¡No puedes hacer eso…! —bramó con desesperación.

—Lo acabo de hacer —dijo sin sentimientos—. ¡Guardias!

Cleops Ninferrie llevó su mano al cinturón enviando un código de alerta a Tarius y sus hombres. No viviría para hacer más que eso, pero no moriría sin hacer nada.

Cleops trató de sacar su arma, pero era la señal de alarma o el arma y ya había tomado la decisión.

Sin más preámbulos que un segundo, los Guardias Reales bajaron sus picas y se fueron contra el Regidor y su asistente.

Los gritos de Sunfader fueron acallados de un momento a otro y de manera brusca. Lo último que Ninferrie vio antes de morir fue el cielo de Fondor plagado de Cazas TIE.

Drellis se alejó sin mirar atrás, sin importarle un momento lo que había pasado, dos vidas habían sido acalladas bajo su mando, y no serían las únicas.

Prothero, el comandante de su fuerza militar se acercó a él, un hombre de mirada sigilosa y actitud rastrera. Su gesto era grave, aunque despedía un aire de triunfo, triunfo que por supuesto era ajeno, actitud que sin embargo alentó de alguna manera al Ejecutor.

—Ejecutor Drellis, hemos detectado una estela de midiclorias en el sector 7G con el rastreador —dijo el comandante, saboreando casi con altanería en su interior el mínimo triunfo que había obtenido.

Drellis extrajo de su cinturón un objeto que reveló un holograma que le mostró que los traidores estaban cerca, más cerca de lo que pensaba.

—Excelente, los tenemos, son ellos. Envíe a sus hombres a revisar los niveles superiores, yo me encargaré de los inferiores.

—Entendido —el Comandante Prothero se cuadró ante él y se dispuso a dejar el lugar.

—Y comandante… tenga cuidado, estos hombres son extremadamente peligrosos, proceda con precaución.

—Sí, señor.

Drellis cerró sus ojos y sintió a sus ex compañeros en la Fuerza. Esto se resolvería ahí, en Fondor y él sería el vencedor.

Drellis, aunque así lo creyera, ya no era un Jedi. Así como sus antiguos compañeros sobrevivientes, había tenido que adaptarse para sobrevivir, había tenido que convertirse en algo para lo que no había sido entrenado: para tener posesiones, para pensar en sí mismo, para retener, para amar y odiar.

—Esto acabará pronto —musitó más para sí mismo, mientras pensaba en el reencuentro que se acercaba.

Capítulo III
Cita con la Fuerza

Los niveles inferiores del Palacio del Regidor eran unas habitaciones obnubiladas por una luz azulina que lo llenaba todo y daba a cada rincón un aspecto misterioso. La gran escala que los había conducido hasta allí bajaba desde la superficie y se internaba en el subterráneo como una espada en un cadáver. Era un buen escondite. Un escondite para Jedi. Para lo que quedaba de ellos.

El silencio que reinaba entre ellos era casi tan aterrador como el sonido de bombas y naves que venía de la superficie.

¿Cuál era el deber de un Jedi que se oculta entre las sombras, sabiendo que afuera se libra una batalla mortal? ¿Valía la pena esperar ahí y dejar que miles de vidas inocentes pagaran su escondite? Para el Grupo Renacimiento no estaba del todo claro, puesto que si morían muchas cosas imprescindibles para la Galaxia morirían con ellos, los supuestos últimos depositarios de los secretos de la Orden Jedi. Aunque varios sentían que no era así, por tanto, con mayor razón sus corazones pedían hacer aquello para lo que estaban entrenados desde pequeños para hacer: ayudar al prójimo, defender al desvalido.

R2D2 movió su cabeza preocupado, sus pitidos eran como una voz humana que preguntaba ¿Qué haremos ahora?

Siddhis apoyó su espalda en el gran pilar que estaba tras ella. Sus ojos azules miraban el suelo, buscando en la Fuerza una respuesta a sus miles de preguntas. Los Jedi deberían tener certeza, las dudas y temores que los aquejaban no eran dignos de un Jedi, no obstante, existían y eran reales, el mundo en el que vivían no dejaba paso a las antiguas creencias que les habían inculcado.

Pero en la Fuerza, Siddhis percibió la impaciencia de Keyor a su lado, la misma impaciencia que ella compartía pero no expresaba. Ese silencio era parte de su hosca personalidad, de la cicatriz que había dejado en ella su estancia en los Bajos Mundo de Coruscant cuando buscaba a los asesinos de su maestro Sifo Dyas y luego cuando ese mundo de miseria incomparable se convirtió en su escondite de la Orden 66. La oscuridad de ese lugar nunca se apartó del todo de su corazón, menos ahora que la Galaxia estaba gobernada por la oscuridad misma.

La voz de Keyor Alleguis sacó a todos de su mutismo, sus palabras iban cargadas de impotencia. Sus ojos miel miraron a todos sus compañeros uno por uno en un momento donde dejó que la desesperación se apoderara de él, lo hiciera presa.

—¡Se acabó! —su voz parecía una imperiosa suplica desesperada—. ¡Tenemos que salir, tenemos que salir a pelear!

Sus compañeros lo miraron, algunos bajaron la cabeza ¿Salir y luchar contra todo el Imperio ellos solos, correr el riesgo de perder el mensaje y sobretodo, de la completa extinción de los Jedi?

Pero hubo alguien que pareció movida por la súplica de su amigo, era como una súplica salida de sus propios labios.

—¡Él tiene razón! —Siddhis salió de su mutismo, no era posible que siendo lo que eran, habiendo pasado todo lo que había pasado, el eco de las palabras de Keyor no llegara a sus corazones.

Descubrió su cabeza, sacándose con brusquedad la capucha que la cubría y dejando caer sobre hombros y espalda el cabello negro azabache.

—¡Somos Jedi! —exclamó en una exhortación que los obligaba a repensar el letargo que los mantenía inmóviles e inmutables.

Eran Jedi, había luchado contra el Ejército Separatista, ¿qué significaban tres años cuando habían sido héroes de guerra?

El mundo había cambiado demasiado, y al parecer ellos también.

Nadie habló, nadie apoyó.

Siddhis se volvió a sumir en su mutismo, las cosas no eran como antes, ellos no eran los mismos, la cicatriz de las Guerras Clones, de la Orden 66 y de su escape durante todo ese tiempo era una cicatriz imborrable.

—Somos Jedi —musitó Siddhis más para si misma mientras apoyaba su espalda una vez más en el pilar, convenciéndose, recordándose lo que eran y comprendiendo por primera vez en toda su real magnitud lo que habían dejado de ser. La impotencia reprimida y la tristeza se leyó en su voz.

El maestro Dan supo que era hora de poner un orden en las cosas. La desesperación y la rabia no eran parte de lo que eran, no podían olvidarse tan fácil del entrenamiento que habían recibido durante la mayor parte de sus vidas, si ellos pretendían ser el Renacimiento de la filosofía de la democracia y la paz no podían desesperar de esa manera, él se había negado a luchar en las Guerras Clones porque sabía que todo era una trampa, la trampa perfecta para un Jedi, una trampa que los obligaba a pensar que hacían lo correcto, que luchaban por la paz y en la desesperación se lo creyeron, se lo creyeron todo. Esta vez no podían hacer lo mismo.

—No están pensando claramente… —su voz sonaba como la voz de la mismísima Fuerza llamando a la calma—. No están viendo que este no es el momento, un Jedi sabe cuándo puede ganar una batalla o cuando es mejor esperar. Ustedes que dicen serlo, entonces deberían saber que este no es el momento.

R2 se removió y lanzó varios pitidos que todos interpretaron perfectamente «Es verdad, no debemos desesperar y perder todo lo que hemos conseguido».

Kitster miró a R2 y asintió.

—Estoy de acuerdo —miró a Nefer, su Nefer y la imaginó luchando y sus entrañas se revolvieron de temor—. Deberíamos quedarnos acá.

No obstante, desde el exterior, los sonidos de la guerra se volvieron más evidentes, las explosiones, disparos y gritos llenaron el escondite.

Súbitamente una voz irrumpió en el ambiente, una voz con coraje, un coraje que pronto sería acallado, pero que informaba como su última voluntad.

—¡Las tropas Imperiales han entrado a los cuarteles! REPITO, LAS TROPAS IMPE…

Siddhis sonrió con sarcasmo.

—¿Quedarnos aquí? ¿Acaso no oyen lo que está pasando afuera? No puedo creer que quieran quedarse acá sin hacer nada ¿Han olvidado lo que somos? ¿Debo recordárselos?

—¿Realmente vamos…? —Keyor miró el piso, su corazón pedía a gritos salir, ser un Jedi una vez más—. ¿Vamos a dejar que esto suceda? —era una pregunta más para sí mismo—. Como Siddhis yo tampoco puedo creerlo. ¡No puedo creer lo que estoy oyendo de ustedes!

—¡Si salen, morirán! —el grito de enfrentamiento de Kitster, desató la ira de Keyor.

—Eso no es cierto. —Keyor miró a Kitster con rabia contenida. Lo peor que podían hacer era enfrentarse entre ellos mismos.

—Pero ni siquiera sabemos cuántos son allá arriba —acotó Kudan—. No sabemos si podremos con todos ellos, no ahora, no en estas condiciones.

Nagai Dan bajó la vista, el enfrentamiento le dolía como también le dolía pasar por esta situación sin salida.

—Había una época en que no importaba cuántos fueran, podían ser decenas, miles… los hacíamos caer como insectos —su voz se oyó callada y melancólica.

Nefer observó a sus compañeros e impuso su presencia.

—Si logramos llegar a Alderaan y juntarnos con el senador Organa… ¡Organizarnos! Podemos hacer más que hoy.

A pesar de lo lógicas que sonaban las palabras de Nefer, Keyor no parecía compartir su visión. Simplemente no podía pensar como ella.

—No huiré como un cobarde —le dijo, sin embargo, eran palabras dedicadas a todos los que no querían salir de su escondite.

—Lucharás otro día… y obtendrás una victoria mucho mayor. Ahora debemos huir. —Kitster puso su mano sobre el hombro de Keyor, tranquilizándolo y mostrando su cariño y amistad por él.

—Tiene razón, llegaremos a la costa y tomaremos ese transporte. —Kudan sabía que era hora de poner punto final a esa inútil conversación. El momento de huir había llegado, debían salir de ahí y llegar al hangar a como dé lugar. Era la prioridad, era la misión.

No obstante, una voz tranquila e irónica lo inundó todo, una voz que venía de todos lados a la vez y de ninguna parte.

—No, mis viejos amigos. No irán a ninguna parte. Este planeta será su tumba.

Los Jedi se miraron y luego con la mano en los sables comenzaron a caminar buscando el origen de la misteriosa voz que los amenazaba.

—La hora de empuñar sables ha llegado al fin. —Siddhis sacó de su cinto el sable.

—¡Déjate ver! —la voz de Keyor era imperativa y poderosa, la misma Fuerza hablaba por él.

—¿Creen que les temo? Se tienen en una estima muy alta para ser un puñado de ratas —la voz contestaba segura, acentuando la palabra «ratas» casi con asco.

—¿Dónde estás? —Kudan parecía intranquilo.

—Sólo las ratas traicionan a sus amos… y se esconden. Se arrastran por la oscuridad… con culpa. Sucias.

—¡Déjate ver ahora! ¡Tú eres el que se esconde! —gritó Keyor.

Una punzada en el corazón pareció descolocarlo. Una punzada profunda de una herida abierta e incurable. Miles de recuerdos y días de camaradería y amistad aparecieron en su mente en un preciso y doloroso segundo. La pena, la rabia y la impotencia lo hicieron presa al ver aparecer frente a él la figura de Drellis Duskrider, su compañero de batallas, su amigo, su hermano.

—Aquí estoy, mis amigos —la voz aunque altiva, venía cargada de solemnidad. Este era el momento que por tanto tiempo había esperado: la herida abierta que hoy debía sanar por fin.

—Drellis… —Una palabra, un nombre, tan sólo eso y decirlo solamente equivalía a una profunda pena que anidaba en su corazón. Keyor dijo ese nombre como si al decirlo su alma se ahogara en un mar de tristeza.

—Veo que recuerdan mi nombre. Me siento honrado. ¿Me recuerdas tú, Siddhis Bellatrix? Tus ojos me dicen que sí, yo también te recuerdo, incomparable en el uso del sable, tu lucha era estilizada, grácil, casi como un baile, la mejor como curadora Jedi además ¿conservas tus dones? Tendrás la oportunidad de demostrarlo ahora.

—Vaya que sí —contestó la Jedi entre dientes.

—Y tú, el gran maestro Dan, poderoso, uno con la Fuerza en vida, el mejor espadachín que haya tenido el gusto de conocer. Será un honor matarlo, maestro.

Drellis hizo una reverencia pero la sonrisa sarcástica de sus labios, restaron solemnidad a sus palabras. El maestro Dan lo miró con una mirada calma.

—Kudan Reikull, digno discípulo de Nagai Dan. Los superaste a todos con tus conocimientos computacionales y heredaste las cualidades de tu maestro en la lucha. Gracias a ti, rastrearlos se nos ha hecho tan difícil. Serviste bien a tus traidores amigos.

—Y seguiré haciéndolo mientras haya un soplo de aliento en mis pulmones.

Como si tuviese todo el tiempo del mundo, Drellis fue recorriendo a sus antiguos compañeros con la mirada, recordando su pasado juntos y sacando fuerza de la traición que cometieron para enfrentarlos.

—Nefer Jade, la mejor piloto espacial que haya visto, fiera y aguerrida en batalla ¿Y tienes un hijo? El símbolo de la traición y cómo le dieron la espalda a sus creencias.

—No te metas con mi niña —dijo Nefer.

Drellis lanzó una carcajada.

—¿Y quién la va a proteger cuando te mate? ¿Tu extravagante mercenario?

Nefer arropó a su bebé, protegiéndola con sus brazos, Kitster sacó su arma.

—Y tú… —Drellis miró a Keyor—. Keyor Alleguis, el gran comandante Jedi, el héroe de las Guerras Clones… mi compañero, mi amigo, mi hermano y hoy… —Drellis lo miró casi con repulsión—. Hoy nos encontramos por fin después de tanto tiempo —«Después de que me hiciste trizas el alma con tu inmunda traición» pensó pero no lo

expresó en palabras, aunque sabía que Keyor había visto sus pensamientos—. Te veo defendiendo a este grupo de traidores y te desconozco…

—¡No intentes meterte con mis amigos! —le gritó Keyor, interrumpiéndolo—. No dejaré que lo hagas, no nos detendrás. Se necesita más que un Imperio para detener la Voluntad de la Fuerza.

—La Fuerza… la Fuerza… se llenan la boca con eso, traidores.

—Ábrenos paso, Drellis. Estás en desventaja —la de Nagai era una advertencia verdadera, exenta de rabia o de cualquier otro sentimiento, sólo le hacía ver que si él atacaba ellos se defenderían.

—No… he esperado demasiado tiempo por este momento. Por ver cara a cara los rostros de aquellos que olvidaron todo en lo que creían. Que dieron la espada al Senado… y a su líder. ¡Los rostros de los traidores!

—Hablas demasiado, Drellis, mi maestro me enseñó que cuando no había nada importante que decir era mejor callar. —Siddhis lo apuntó con su sable de hoja azul encendido.

—Aferrarte a los consejos de un muerto no me parece tan apropiado. Pero pronto te unirás a él ¡se unirán a él todos ustedes!

—¡Cómo te atreves!

Keyor se adelantó varios pasos con su sable celeste encendido dispuesto a la batalla con aquel que había sido su amigo, su hermano, su compañero, no obstante dos sables se cruzaron frente a él y lo detuvieron.

Siddhis Bellatrix había interpuesto su sable y junto al de Nagai Dan formaba una cruz frente a él.

—¡Todavía no! —la voz de Siddhis era imperativa, pero sus ojos azules reflejaron un «no es el momento» que Keyor entendió perfectamente. No estaba preparado para luchar contra alguien que había sido tan importante en su vida, contra alguien que había sido su más querido amigo. No estaba preparado para eso.

—Nosotros nos encargaremos. —Nagai estaba decidido, lo suyo no era una amenaza ni un grito de guerra, era una frase simple y declarativa de algo que debía hacerse. La típica calma de Nagai Dan.

—¡Ja! —Drellis lanzó una carcajada— «Nosotros nos encargaremos» —se burló— la vieja jerga heroica. Veamos si tu sable es tan rápido como tu lengua, Nagai Dan —dijo alzando su sable de hoja verde, la misma hoja verde que su antiguo compañero Alleguis conocía tan bien y que había luchado contra el mal junto a la suya—. Voy a disfrutar de este momento.

Siddhis supo que era el momento. Su momento. Los ojos azules miraron a su contendor, mientras la Fuerza se apoderaba de ella y de pronto todo estuvo demasiado claro en su mente, la claridad de los que saben que la Voluntad de la Fuerza es perfecta y no puede ser superada ni siquiera por la Oscuridad, porque la Fuerza estaba más allá de la Luz o de la Oscuridad, la Fuerza va más allá de la Guerra o de la Paz… la Fuerza es la Paz y es la Guerra, la Fuerza es la Oscuridad y es la Luz, la Fuerza es todo y es nada. Y

Siddhis lo entendió, lo entendió todo en un segundo, en el segundo mismo que su espada chocaba con la de Drellis, mientras su capa se movía como el viento en un giro perfecto en su eje.

Y mientras volvía a tirar un nuevo golpe a su contendor, ella pudo mirarlo por un segundo a los ojos, un segundo que fue suficiente para entender que la Fuerza era ella y era Drellis y sus espadas que chocaban sin cesar una y otra vez, con maestría, con la precisión de un Jedi.

Sin embargo, habían pasado demasiado tiempo sin entrenar, así que con un par de choques de los sables y luego un empujón, Drellis sacó a Siddhis de su vista.

Buscando equilibrio en la Fuerza, Siddhis se mantuvo estoicamente en pie.

Y allí estaba Nagai Dan, el mejor espadachín que hubiera visto en su vida, el único que dominaba varias artes de manejo del sable, el único que mantenía sus habilidades intactas y su concentración perfecta.

Sin el más mínimo asomo de rabia o de frustración, Nagai Dan lanzó algunos mandobles a Drellis, pero este los esquivó y los contestó debidamente.

El sólo hecho de verlo luchar era un honor indecible, y luchar junto a él era una aspiración que Siddhis vio cumplida con satisfacción.

El maestro Dan estiró su mano, mientras forcejeaba, y lanzó un empujón con la Fuerza a Drellis que acusó el impacto de lleno.

Si Siddhis hubiese tenido tiempo para sonreír lo hubiera hecho, no obstante, un Jedi debe mantener la calma y la concentración, así que tampoco de inmutó cuando Drellis devolvió el empujón con todas sus fuerzas. Nagai Dan fue lanzado hacia atrás, pero no fue suficiente para derribarlo.

Siddhis levantó su sable azul y su rostro se iluminó con aquel fulgor asesino de la espada. Se lanzó sobre Drellis con todas sus fuerzas. No lo dejaría matar a sus amigos, así tuviera que morir para evitarlo. Era un riesgo que estaba dispuesta a correr y un riesgo que la misión requería. Había cosas mucho más importantes que su vida en ese momento.

Lanzó varias estocadas al cuerpo de Drellis, eran estocadas fuertes, precisas, pero el Ejecutor Imperial luchaba con aplomo también y no estaba dispuesto a dejarse vencer por nadie ese día.

Siddhis dio uno de sus característicos movimientos giratorios de lucha, pero no lo suficientemente rápido, en la mitad del giro, Drellis ya la había lanzado al piso de rodillas con una patada en la espalda.

No era tan rápida como lo era hacía tres años, algo estaba pasando que sus reacciones no eran lo precisas que deberían. El dolor en la espalda se hizo evidente, pero peor era el dolor de su orgullo ¿Orgullo? Los Jedi no pelean por orgullo o por fama, ella lo sabía, pero el tiempo les había robado a todos ellos esas enseñanzas y las había mezclado con sentimientos que antes no conocían: amor, dolor, pérdida, miedo, orgullo, enojo, frustración. Todos esos sentimientos se habían abierto después de la Orden 66 y los habían confundido.

Pero Drellis también era afectado por estos cambios, así que en vez de asesinar de una vez a Siddhis, sonrió pedante y luego se dio el tiempo de hacer un mandoble antes de matarla, tiempo suficiente para que la hoja amarilla de Nagai Dan detuviera el golpe mortal.

Siddhis se incorporó de un salto y sus ojos buscaron la batalla.

Nagai Dan luchaba con estilo y gracia, pero Drellis parecía imparable, su corazón se había llenado de una rabia que lo hacía poderoso y esa misma rabia estaba siendo reprimida en el corazón de sus ex compañeros.

Drellis lanzó a Nagai lejos con la Fuerza. Su empujón fue fulminante y Nagai Dan se estrelló contra un pilar y luego contra el suelo con una potencia que lo dejó inconsciente por unos momentos.

Siddhis miró a sus compañeros, grabando en su mente aquellas imágenes tan queridas, haciéndolas suyas como si se despidiera de ellas.

No podrían contra Drellis, debían huir, pero esa huida requería un sacrificio que ella estaba dispuesta a hacer por la misión, pero por sobre todas las cosas, por ellos, aquellos seres que habían abierto su corazón a ella como nunca nadie lo había hecho.

Los miró como si fuera la última vez y Keyor lo supo. La mano de Kudan lo detuvo. Siddhis sabía lo que tenía que hacer.

Se lanzó contra el Ejecutor de Jedi con todas sus fuerzas. Sus estocadas no eran gráciles ni precisas como en sus mejores tiempos, eran estocadas toscas, pero fuertes, llenas de potencia y de rabia tal vez, la rabia acumulada porque hacía más de quince años le habían robado a la única persona en la que ella había confiado en la vida: su maestro Sifo Dyas, porque lo habían matado en nombre de una guerra que sólo era un complot, una trampa en la que todos los Jedi habían caído, porque no había podido llorarlo ni en la intimidad, porque esa frustración había anidado en su corazón al saber que Sifo tenía razón, porque nadie le creyó cuando debían, porque ella era muy niña para hacer algo.

Pero hoy no.

Hoy no era una niña, era una Jedi, heroína de las Guerras Clones, sobreviviente de la Orden 66, Curadora Jedi, y esta vez no iban a robarle a sus amigos, no mientras ella viviera, no mientras pudiera hacer algo.

Sólo esperaba mantenerse viva lo suficiente para que escaparan.

Empujó a Drellis con la espada y luego estiró su mano canalizando la Fuerza en ella y enviándola hacia su oponente. Drellis retrocedió muchos pasos con el fuerte impacto y tuvo que hacer esfuerzos por no caer, pero se mantuvo en pie y su arrogancia pareció ser una burla para la Jedi.

—Vamos, Siddhis —le dijo Drellis—. Demuestra de qué estás hecha. De todas maneras eres Jedi muerta ya.

—No existe la muerte, está la Fuerza, deberías saberlo, Ejecutor Imperial.

Siddhis levantó su sable, mientras su corazón se llenaba de las palabras que recién había articulado.

Se lanzó contra Drellis sabiendo lo que iba a pasar, sabiendo que su estocada final no llegaría a destino, sabiendo que con un movimiento altanero, Drellis la mataría sin siquiera mirarla a los ojos, sin siquiera un sentimiento de congoja por un acto que él consideraba un bien a la Galaxia que él se había inventado.

Mientras la hoja del sable de Drellis perforaba su estómago, más allá de cualquier cosa que su mente pudiera procesar, Siddhis sintió el torrente de odio que nació en Keyor Alleguis, dejando que la rabia y la pena lo inundaran completamente. Kudan puso su mano en el hombro de Keyor, reconfortándolo, dándole fuerzas aunque él no las tenía, Nefer bajó la vista y musitó un «Qué la Fuerza te acompañe» a su amiga, mientras Kitster la abrazaba para protegerla a ella y a su niña. Ella supo todo esto, mientras su cuerpo caía al suelo con lo último de conciencia que le quedaba. Porque ellos, cada uno de ellos también eran la Fuerza y los sintió como si fueran ella misma.

Miró todo por última vez. Morir por sus amigos en batalla ¡qué mejor forma de morir! Hubiese querido mirar a Drellis para enviarle una mirada de compasión puesto que su interior era un torbellino de sentimientos incontrolables que él no quería admitir y que creía esconder. Pero no era así.

No tuvo la oportunidad, por cierto, mientras caía de rodillas y luego se desplomaba en el suelo, trató de apretar fuertemente su sable con la mano enguantada. Sin embargo, lo último que vio fue su propia mano abierta y el sable apagado cayendo de ella. Los ojos no se cerraron y la mirada azul de Siddhis Bellatrix quedó mirando un punto inexistente en el horizonte para siempre.

Nagai Dan se puso de pie de un salto, mientras las entrañas parecían revolvérsele sin piedad al ver el cuerpo de Siddhis yaciendo sin vida en el suelo. Por primera vez en mucho tiempo, Nagai Dan pareció desesperar, aunque lo disimuló muy bien, sus ojos negros expresaban su rabia consigo mismo por no haber podido hacer algo más. Los Jedi no tienen apegos, él lo sabía bien, pero no era fácil, no cuando había pasado la mayor parte de esos tres años junto a ella, no cuando ella le había abierto su corazón como nunca lo había hecho con nadie.

Y tuvo pena y tuvo rabia.

Drellis miró el cadáver de Siddhis con algo de desprecio en su mirada. Con el pie lo tocó, sin el menor respeto, y lo movió un poco.

—Tanto escapar por la Galaxia… los ha dejado fuera de práctica… —dijo y acentuó sus ácidas palabras con una sonrisa sardónica.

—¡No la toques! —gritó Keyor, aún siendo retenido por Kudan—. ¡No te atrevas a tocarla! —los ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Y qué harás al respecto, Alleguis?

Keyor bajó la vista, realmente no podía creer lo que estaba sucediendo, aún no entendía que habían hecho mal, qué había pasado para que la Fuerza los trajera hasta esa trampa mortal.

Drellis atrajo el sable de Siddhis a su mano sin problemas. Estaba dispuesto a enseñarles a esos traidores el poderoso Ejecutor en el que se había convertido.

—Vengan —les indicó—. Es hora de ser uno con la Fuerza.

Kudan Reikull levantó su sable. Sus pensamientos moraban con la amiga que había perdido, con lo que había pasado y que no debía de haber pasado. Un error incorregible que pudieron haber evitado. La hoja verde le iluminó el rostro de ojos negros. La ferocidad mezclada con tranquilidad de esa mirada podrían haber resultado intimidantes para cualquier oponente, pero no para Drellis, él estaba más allá del miedo: la lealtad a sus nuevos superiores era tan fuerte que su mente no pensaba en otra cosa que en eso.

Keyor Alleguis levantó su sable. Algunas lágrimas aún llenaban sus ojos miel. Tenía rabia, tenía pena, pero por sobre todas las cosas se preguntaba ¿Por qué la Fuerza los había abandonado? Era difícil tranquilizarse en una situación así, era difícil entender, era casi imposible pensar en frío. Pero mientras alzaba su sable, Keyor lo logró. Lo más importante era la misión y daría su vida por ella.

Nagai Dan, ya de pie, miró a Drellis con la misma compasión que había sentido Siddhis, porque algún día entendería lo que había hecho y lo equivocado que estaba. Con la vista pegada en él también alzó su sable de hoja amarilla.

Drellis encendió su sable y luego el que había pertenecido a Siddhis. Sonrió y se lanzó sobre ellos. Pelearía con todos, él podía, él podía eso y más. Acababa de matar a una poderosa traidora, no tendría problemas en hacer lo mismo con los otros. Incluso a Keyor, su amigo y compañero de antaño, incluso a él.

Un grito de lucha dio el comienzo a la batalla. Drellis no tuvo problemas con bloquear los mandobles de Keyor, Nagai y Kudan. El maestro Jedi sabía que Drellis se había vuelto poderoso, el lavado de cerebro de sus actuales jefes había escondido al buen Jedi que alguna vez había sido Drellis Duskrider bajo una cubierta de mentiras y engaños. Más allá de cualquier sentimiento, Nagai sentía pena por lo que estaba sucediendo ¿Cómo habían llegado a esto? ¿En qué momento el mundo se había vuelto loco y tenía a Cuatro héroes de guerra, a Cuatro poderosos Jedi batiéndose a duelo entre ellos y a otra en el piso, muerta? ¿Era esa la Voluntad de la Fuerza?

Miró a Nefer y la nueva vida que tenía en sus brazos y lo supo: esa era la Voluntad de la Fuerza, ninguno de ellos vería un nuevo amanecer, pero la hija de Nefer Jade sí debería verlo, ahí estaba el futuro. Ellos debían resolver sus asuntos en ese momento y en ese preciso lugar. En los niveles inferiores de Fondor moriría el pasado para dar paso al futuro: una época oscura y luego… la luz del Renacimiento. Y ellos como Grupo del Renacimiento deberían morir por lograr ese ideal. Siddhis lo había comprendido y ahora Nagai, en medio de la batalla encarnizada que libraba, también lo había hecho.

Los sables de Keyor y Drellis se encontraron y Keyor inteligentemente se mantuvo ahí para que sus compañeros pudieran vencerlo. Pero Drellis parecía imbatible esa jornada. Con la mano libre lazó una estocada a los pies de Nagai, pero este usando en pleno sus capacidades con la Fuerza se dio una vuelta a ras de suelo, esquivando el golpe mortal, poniéndose nuevamente de pie de su salto.

Keyor hizo un par de toques con Drellis y volvió a retener su mano derecha, ahora con más fuerza que antes. Era una buena idea, así que Nagai hizo lo suyo con la mano izquierda del Ejecutor Imperial.

Kudan levantó su sable y caminó hacia el contendor maniatado por los otros Jedi, dispuesto a dar el golpe final que terminara con esa locura, pero Drellis se elevó del suelo y le propinó una patada en el pecho que envió a Kudan al suelo.

Nagai miró a su antiguo padawan. Se había convertido en un hombre fuerte y un rival digno de cualquier luchador. Lo quería entrañablemente, con todas sus fuerzas. Kudan Reikull era el hijo que la Orden nunca le dejó tener, era el amigo que lo salvó de la Orden 66 y el apoyo que le ayudó a comprender que no sólo la tradición valía la pena: había cosas buenas que ver en lo nuevo, incluso cuando todo lo que conoció había muerto, Kudan le había enseñado que había cosas bellas que rescatar como la amistad, el amor, la lealtad. Los Jedi de antaño no encajaban en el nuevo mundo porque no conocían la pasión que encierran sentimientos como el amor a toda prueba y de no ser por Kudan, él jamás hubiera entendido lo que eso significaba. El amor que se habían entregado el uno al otro, el amor paterno y el filial que se habían entregado mutuamente le había hecho entender que un Jedi de la nueva era no podía estar ajeno a los sentimientos como antaño lo estaban ellos, porque precisamente estos sentimientos serían los que salvarían la Galaxia en su momento.

Drellis hizo un movimiento y se soltó de sus dos captores y luego lanzó una estocada con los dos sables, pero Keyor y Nagai volvieron a retenerlo.

Kudan se paró de un salto, dispuesto a no fallar esta vez, pero un grito cavernoso lo detuvo; era la voz de su antiguo maestro.

—¡No!

Kudan lo miró sorprendido ¿qué se proponían?

—¡Tienes que llegar a ese hangar! —la voz de Keyor lo hizo comprender todo. Asintió gravemente. Miró a su maestro por última vez, luego a Keyor y el cadáver del que había sido su amiga, y con un sentimiento de extraña tristeza se dio media vuelta para mirar su misión: Nefer y su pequeña hija. Kitster le hizo un ademán, haciéndole entender que lo que hacían era lo correcto. R2 dio un par de pitidos.

—¡Vamos! —les indicó con una voz imperativa—. ¡Por acá!

No tuvo tiempo de mirar atrás, no tuvo tiempo de despedirse de Nagai Dan, no tuvo tiempo de recordar toda la vida que los unía de manera indestructible. Así lo querría él y así sería: la vida de sacrificio del Jedi, la última lección del gran maestro Dan.

Drellis, ajeno a la escena de sacrificio y despedida, dio un empujón a Nagai Dan, sacándolo de la batalla. El maestro cayó y se golpeó contra uno de los pilares que decoraban ese tétrico lugar azulino. El golpe era fuerte y no tuvo tiempo de ponerse de pie, simplemente no podía. Lo único que sus ojos veían era el rostro de Kudan alejarse para siempre de él, lo único que veía era como el Grupo Renacimiento se disgregaba y moría. Miles de sensaciones que nunca había sentido lo inundaron sin piedad: ira, dolor, pérdida. No iba a controlarlas, no ahora. Se dejó sentirlas en su plena magnitud, mientras

sólo veía, ya demasiado a lo lejos el sable de Keyor moverse con ferocidad contra la máquina en que se había convertido Drellis.

De pronto, sintió sobre él la mirada indiferente del Ejecutor y luego un resplandor azul que se acercaba hacia él a toda velocidad. Pronto el resplandor se hundió en su estómago con precisión. Siddhis, como curadora Jedi, habría sabido que el sable que ella había empuñado por tantos años ahora perforaba tejidos y órganos vitales de Nagai Dan con la rapidez del viento.

Nagai sacó de su cuerpo la hoja asesina: era el sable de Siddhis. Lo apagó con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo y lo dejó caer a su lado.

Miles de ideas y recuerdos vinieron a su mente en un segundo, imágenes de un pasado glorioso que no volvería. Luego de sus labios emergieron casi imperceptibles unas palabras.

—Es la Voluntad de la Fuerza.

La vista se le nubló y cerró los ojos sumiéndose en él mismo para luego dejarse ir. El gran maestro Jedi Nagai Dan había muerto.

Keyor sintió como si todas las esperanzas de la Galaxia hubiesen muerto con él ¡Drellis había asesinado al mejor espadachín que hubiera visto en combate! Y lo había hecho con una arrogancia que lo cegaba y no le permitía entender el crimen funesto que había cometido.

Keyor se deshizo de Drellis con la vista prácticamente empapada en lágrimas. Miró el cuerpo del gran maestro y se quitó su capa para cubrir el cadáver y rendirle un sentido último homenaje a tan magnánimo Jedi. No podía hacer lo mismo con su amiga que yacía en el piso inerte ¡Su amiga, compañera de batallas y de conversaciones sobre la vida, la Fuerza y el mundo!

—¡No te das cuenta de lo que has hecho! —gritó Keyor, su voz estaba traspasada por la pena—. No te das cuenta de lo que has hecho —musitó una vez más casi ya sin fuerzas para hablar. El entendimiento estaba ya muy lejos de él.

—Matar a unos traidores, eso es lo que he hecho.

—Tú no entiendes nada, Drellis, estás cegado por un pasado que ya no existe. —Keyor parecía cansado, desilusionado—. ¿Cómo te atreves a llamarles traidores? Ellos dieron su vida por esta Galaxia ¡Eran depositarios de un conocimiento que tú a penas sueñas con tener!

—No parece, fue muy fácil matarlos.

—¿Ni siquiera estás escuchándote, verdad? Pero es imposible hablar contigo, pues te has puesto al servicio de la Oscuridad.

—La Oscuridad no tiene nada que ver en esto, Keyor Alleguis, pero aunque no entiendas nada de nada, no me has decepcionado, aún luchas con estilo, como en los viejos tiempos… las campañas de Quinlan Vos… Boz Pity… ¿Recuerdas?

—Cómo olvidarlo… —la verdad era que esos recuerdos le hacían doler el alma aún más.

—¿Olvidarlo? Hace tiempo que olvidaste lo que era luchar del lado correcto.

—¡Tú no sabes lo que es pelear del lado correcto, Drellis! —la voz de Keyor se elevó, al igual que su sable de luz.

La nueva batalla estaba por comenzar.

Capítulo IV
Sacrificio en Fondor

Kudan Reikull los guió por los subterráneos conectado profundamente con la Fuerza. Él no conocía el planeta, sin embargo, su maestro le había enseñado que sólo se debía pedir a la Fuerza una señal y esta la daría, y precisamente fue eso lo que hizo. Alguno podría haber pensado que se había dejado guiar por los sonidos de la guerra que se desarrollaba en el exterior, pero era más profundo que eso, era la mismísima Fuerza la que guiaba sus pasos, como diría Nagai «Era Voluntad de la Fuerza» que encontraran la salida de esos claustrofóbicos túneles.

Pronto supo que su maestro había muerto, se lo dijo la Fuerza al oído, pero espantó la cruel realidad porque él era encargado de que el sacrificio de él y el de Siddhis valieran la pena.

Pero el exterior les tenía deparado una terrible visión: el sector de las fábricas de Fondor estaba atestado de Tropas de Asalto y los hombres del capitán Tarius Alerios intentaban sin demasiado éxito repeler al Imperio. Los disparos de bláster llenaban todo el ambiente y algunos civiles corrían en medio de la línea de fuego, tratando de salvar su vida. No muchos lo lograron.

El lugar estaba en un declive del terreno y a diferencia de lo que habían visto al llegar al planeta, era árido y arenoso. Algunas de las grandes máquinas que decoraban el lugar aún funcionaban, el resto de ellas parecían detenidas o averiadas.

—Debemos correr por la línea de fuego para llegar a la trinchera del capitán —indicó Kudan.

—Podemos hacerlo —afirmó Nefer.

—Yo creo que es demasiado peligroso para ti. —Kitster tenía un terror indecible, no por él, sino por sus dos amadas mujeres.

—Soy una Jedi ¿recuerdas? No me dejaste luchar en los subterráneos y tuve que ver como morían y luchaban sin mí, esta vez no.

—Ella tiene razón, si queremos llegar rápido al hangar debemos cruzar, Nefer puede hacerlo y tú también, es la única manera. —Kudan se veía seguro de cada uno de los pasos que daba, así que su seguridad terminó por convencer al mercenario. Kitster asintió de mala gana.

Corrieron con todas sus fuerzas en medio de una lluvia de blásters. Nefer protegía con todo su cuerpo casi a su bebé. Kudan desvió con su sable de hoja verde el fuego cruzado, protegiendo a Nefer, mientras Kitster disparaba una ráfaga de su arma a algunos soldados de asalto que intentaban hacerlos caer.

—¡Son demasiados! ¡Tenemos que volver a los cuarteles! —gritó.

—¡No! ¡Vamos a llegar a ese hangar! No dejaré que los sacrificios de mis amigos sean en vano.

Siguieron corriendo, mientras el hábil Kudan desviaba todo el fuego que intentaba acercarse a ellos.

Pronto llegaron a la improvisada trinchera del Capitán Tarius que estaba bajo uno de las grandes máquinas fondoreanas.

—¡Capitán!

Los ojos negros del capitán se posaron en los de Kudan y le hizo una ligera reverencia de respeto. Eran cinco Jedi y sólo había dos, no quiso ni pensar en lo que les había sucedido a los otros. Sus hombres también morían, no era fácil ver eso, no era fácil enfrentarse a la muerte así tan de súbito. Pero el hecho de ver ahí al joven Jedi le dio fuerzas para continuar luchando.

—Deben quedarse aquí, yo los protegeré.

—Debemos llegar al hangar, debemos partir hacia Alderaan —la voz de Nefer se elevó hasta superar el ruido imperante.

—Esperen un poco que pase el fuego y salgan —les dijo.

—Si esperamos no podremos salir de acá, iremos con usted, capitán —anunció Kudan.

—¡No! Ustedes quédense aquí —luego se dirigió hacia los hombres que lo acompañaban—. ¡Todos! ¡Vamos! —ordenó con su potente voz de mando.

Y lo vieron alejarse junto a sus hombres.

—Debemos salir de aquí, me temo que el refugio del Capitán Alerios se transformará muy pronto en una trampa mortal —dijo Kudan, mientras miraba de reojo como la batalla se acercaba a ellos.

Algunos soldados de asalto imperial morían, pero eran más las bajas fondoreanas y pronto el campo de batalla se transformó en un cementerio teñido del azul de los uniformes de los soldados locales.

—Me temo que ya lo es —comentó Kitster mirando a R2 que dio varios pitidos de asentimiento—. Y veo que R2 está de acuerdo conmigo.

—Entonces no hay tiempo que perder, mercenario.

En otro frente de la batalla, el capitán Tarius Alerios miraba con impotencia como sus hombres morían sin poder hacer nada al respecto, sin embargo, no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente, así que junto a su «súper soldado» equipado con la tecnología de punta en lo que a armas de refería, comenzó a avanzar y ganar terreno.

Sonrió para sus adentros, tal vez podrían ganar esa batalla, tal vez no sería tan difícil como estimó en un comienzo: sus hombres luchaban con garra y destreza, a pesar de enfrentarse con tecnología armamentista que rebasaba la suya y con soldados más allá de toda lealtad y precisión, Tarius pudo darse cuenta que sí ganaban terreno: Fondor podría ser salvado.

La bazuca de su «soldado estrella» voló de una de las altas máquinas a varios soldados imperiales que cayeron sin vida al suelo. Sin embargo, la voz metalizada de uno de sus enemigos lo dejó perplejo.

—¡Desplieguen AT-PT!

No podía ser, una nueva tecnología de armamento estaba dispuesta para masacrarlos sin piedad y cuando Tarius vio aparecer en el horizonte elevado a una gran máquina de

dos patas que disparaba con la precisión de un soldado, pero con la capacidad de diez de estos, sus esperanzas se hicieron añicos como las máquinas que el temido AT-PT destruyó de un solo disparo, matando a varios de sus hombres también. Sin embargo, él era el capitán y no podía quedarse pasmado, así que sacó rápidamente su intercomunicador del cinturón.

—¡Necesitamos la artillería pesada! —ordenó con la voz dotada de aquellos que sabían mandar.

El «súper soldado» corrió hacia su capitán y apuntó su bazuca al monstruo mecánico que se les acercaba.

—¡Fuego!

La voz de Tarius rasgó el aire y una explosión afecto un poco la estabilidad del AT-PT, pero no fue suficiente.

—¡Oficial, informe de la situación! ¿Oficial? —llamó Tarius a su hombre de confianza que estaba en otro frente de la batalla, sin embargo, sólo estática contestó al otro lado, y eso podía significar sólo una cosa: uno más de los hombres de confianza de Alerios había caído en desigual batalla. No obstante, había algo mucho más aterrador que el oficial fondoreano hubiese sido asesinado; puesto que más aterrador era saber que había sido asesinado por un enemigo distinto: Boba Fett, el caza-recompensas más letal de la Galaxia, había aterrizado en Fondor y bajo el casco verde y el visor impersonal yacía la sonrisa de satisfacción de su padre Jango, asesinado por un Jedi. Juro que se vengaría; este era su momento.

Kudan dio certeras estocadas a sus enemigos imperiales y varios cayeron bajo el verde de su espada láser. Sin embargo una presencia extraña y mortal lo llenó en un momento. Algo se acercaba, algo que la Fuerza mostró como la propia mano de Darth Vader. La Fuerza le indicó rabia, venganza y poder en ese ser que se aproximaba como una sombra de muerte hacia ellos.

R2D2 lanzó varios pitidos mostrando que también había sentido la presencia misteriosa que se acercaba.

—Alguien viene. —Kitster hizo evidente el sentimiento que ya todos conocían en su interior.

Kudan se dio la vuelta para mirarlos: la hora de su propio sacrificio había llegado, la hora de demostrar que una vida guiada por las enseñanzas del gran Nagai Dan valían lo que se suponía que valían. Un sacrificio en nombre de lo que había defendido toda la vida y que moriría defendiendo como sus amigos, como su maestro.

—¡Váyanse… ahora! —les gritó y su voz grave se tornó una orden directa.

Kitster asintió y le dedicó una mirada de respeto y gratitud al Jedi, la mirada que no había podido dedicarle a los otros.

El mercenario tomó a Nefer del brazo para llevársela lo antes posible, pero ella era una Jedi y se soltó con brusquedad de él.

—¡No! —le gritó con fuerza—. ¡Hay que ayudarlo! —su voz se tornó en una súplica desesperada, no podía creer que tenía que huir nuevamente dejando atrás a quienes la habían ayudado tan desinteresadamente.

—¡Tenemos que llegar a la costa, a como dé lugar!

—¡Suéltame! —trató de apartarse de él una vez más, pero la mano de Kitster estaba decidida y con fuerza la retuvo—. ¡No lo abandonaré así!

—Dejarás que el sacrificio de tus amigos sea en vano… ¡Ellos murieron y luchan para que lleguemos a ese hangar y eso es lo que haremos!

Nefer dio un último intento por soltarse y luego su mente Jedi y la de madre se impusieron. Todo por la hija suya y de Kitster, hasta su propia vida, todo por el Renacimiento.

Kudan los vio alejarse custodiados por el valiente R2D2. Estarían bien y llegarían al hangar, pero él… su misión era retener lo más posible a Boba Fett incluso matarlo si era posible para asegurar que no los molestara.

Y lo vio aparecer frente a él como un fantasma de muerte, seguro y poderoso de sus muchas habilidades. Pero no le tuvo temor, porque él conocía la Fuerza y él había sido entrenado por el mejor espadachín y luchador que jamás hubiera conocido, en muchos casos podía compararse incluso con el maestro Yoda o el poderoso Mace Windu, Nagai no tenía nada que envidiarles a ellos y él estaba seguro que había aprendido bien.

Lo miró con sus grandes ojos negros y por unos segundos sólo estuvieron él y su adversario en ese cementerio que se había transformado ese campo de batalla.

Boba Fett no dijo nada, pero descargó sobre él una lluvia de bláster. Kudan los desvió todos con destreza.

Su mente estaba enfocada, la Fuerza estaba en él y cada disparo parecía llegar al sable de Kudan como si su objetivo hubiese sido siempre el sable.

Boba miró su arma, era inútil contra un Jedi y la tiró lejos de si como si le produjera asco por no haber cumplido su cometido. Levantó sus puños y de sus muñecas surgieron sendos escudos de fuerza de color escarlata. Esta batalla no sería ganada por la habilidad de disparar sino cuerpo a cuerpo como hombres que eran.

Kudan lo vio acercarse y alzó su sable, pero Boba bloqueó cada uno de sus golpes con los escudos de sus muñecas. Pronto se vio forcejeando con el caza-recompensas, un forcejeo brutal que Kudan resistió con valentía. Lanzó con fuerza a Boba hacia atrás y realizó varios mandobles perfectos para demostrarle a su adversario que no estaba luchando con cualquiera, sino con Kudan Reikull, un Jedi, discípulo de Nagai Dan, héroe de las Guerras Clones.

No obstante, Fett no se daría por vencido y se lanzó sobre el Jedi una vez más. Forcejearon largo rato, bajo el sol de Fondor, el calor era abrumador y los gritos de dolor de los heridos y moribundos eran la única música que daba ambiente a la feroz batalla.

Pero Fett no en vano era considerado el caza-recompensas más peligroso de la Galaxia y pronto derribó a Kudan y le quitó su arma ¿Qué sería de un Jedi sin su espada?

—Estás perdido, Jedi —la voz ronca de Fett, aumentada por los micrófonos de su casco podría haber parecido una sentencia de muerte, pero no para Kudan, no caería tan fácil en las trampas de su artero atacante—. Ven por él —dijo Fett desafiándolo.

Kudan estiró su brazo, que era el brazo de la mismísima Fuerza, y comenzó a atraer el sable nuevamente a su mano. No era fácil porque Boba ponía toda su fuerza en retenerlo, sin embargo, estaba luchando en vano contra la Fuerza y su conocedor. El sable pronto voló hasta la mano de Reikull con todo y caza-recompensas. Kudan tomó su sable y luego dio un fuerte codazo a Boba derribándolo en el acto.

Un par de hábiles mandobles más… y luego todo se volvió confuso en su mente, como si la Fuerza y sus propias fuerzas lo hubiesen abandonado, como si el mundo fuera un torbellino de locura sin fin… como si nada tuviese sentido, como si fuesen nada más que títeres en las manos de un cruel niño.

No podía verlo venir… no pudo verlo venir, no así, no mientras miles de soldados gritaban de dolor a su alrededor, no mientras su maestro estaba muerto y olvidado para siempre en los subterráneos de un planeta desconocido, no cuando su amiga Siddhis yacía en el suelo con la mirada azul fija para siempre en un punto inexistente en el infinito, no cuando su amigo Keyor se batía en duelo a muerte con el que fue su entrañable compañero, no cuando el Imperio había transformado a un Jedi en una máquina Ejecutora de otros Jedi, no cuando la oscuridad lo llenaba todo desde hacía ya tanto tiempo… Todos eran ciegos, la oscuridad los había cegado y no se habían percatado de ello…

Miró sus estolas y un termodetonador estaba adherido ahí para siempre, no tenía tiempo de sacarlo, no tenía tiempo de decir nada más, Boba lo había engañado y había usado su ceguera para matarlo.

Levantó la cabeza y sus grandes ojos negros se fijaron en el cielo de Fondor… la última imagen… 1, 2… 3 segundo… sus amigos, su maestro… pronto estaría con ellos… Luego nada… sólo un grito que removió los cimientos de la mismísima Fuerza y que perduró incluso mientras sus cuerdas vocales se desintegraban, incluso cuando todo su cuerpo se convertían en nada… un grito que persistió incluso cuando el grito mismo se apagó y el silencio lo hizo presa.

Un sacrificio por sus amigos… un sacrificio por el Renacimiento…

Capítulo V
Duelo de Héroes

El duelo en los subterráneos de Fondor traspasaba el corazón de Keyor con una fuerza desconocida. La pena, la rabia, la frustración de verse en esa situación eran incontrolables. El mirar a Drellis le partía el alma: había vivido tantas cosas a su lado, tantas experiencias, tanto dolor. Habían sido aprendices del mismo maestro, habían luchado hombro con hombro defendiendo la Galaxia durante las Guerras Clones.

Su amigo. No podía ser Drellis Duskrider el que ahora batía con todas sus fuerzas su sable contra el de él sin la más mínima expresión de remordimiento ni tristeza ¡No podía ser su hermano, su amigo, quien había quitado la vida así a dos miembros de la extinta Orden Jedi! ¡A dos compañeros de armas! ¡A dos héroes de guerra!

Se había convertido en un Ejecutor Imperial, un siervo del Lado Oscuro sin saberlo, ciego a las maquinaciones de sus superiores; ciego y sordo por las glorias pasadas que no volverían.

Drellis le lanzó varias estocadas, pero Keyor las bloqueó con dificultad. A veces parecía que Keyor ganaba algo de terreno, pero Drellis volvía a la carga con una frialdad que partía el corazón.

Era difícil abstraerse a los sentimientos que Keyor Alleguis sentía en su alma, en lo profundo de su ser, era complejo incluso para un Jedi. Sólo un mundo consumido por el Lado Oscuro podría poner a dos amigos uno contra el otro, dos compañeros, dos hermanos; sólo en el caótico mundo que les tocó vivir podría pasar eso.

Keyor, mientras cruzaba con todas sus energías los sables con Drellis se preguntó qué pasaría si se viera en la disyuntiva de tener que eliminar al Ejecutor. Lo miró unos momentos a los ojos, tan sólo unos momentos, mientras toda una vida se le pasó por la cabeza, sin embargo, asimismo sus ojos se posaron sobre los cadáveres de Siddhis y Nagai Dan y su determinación se fortaleció: su deber era terminar con la amenaza del Ejecutor Imperial, aunque con él murieran los últimos vestigios de lo que conocía, los últimos restos de su pasado, lo haría aunque muriera él mismo de dolor por ello.

La lucha comenzó a hacerse encarnizada, los sables se movían cada vez más rápido, mientras Keyor y Drellis se movían ágilmente, dando saltos y giros. Keyor logró pasar su sable a la altura de la cabeza de su contendor, pero Drellis alcanzó a echar su cuerpo hacia atrás, salvando su vida. Pero Keyor no estaba dispuesto a ceder, dio un giro y lanzó varias estocadas al cuerpo del Ejecutor. No obstante su defensa era impenetrable.

Luchaban muy parecido, sin embargo, Drellis había dejado de lado la pasión que caracterizaba a su ex compañero y había adquirido una forma de lucha mucho más fría, más altiva y más letal.

Poco a poco, Keyor fue ganando terreno y arrinconó a Drellis contra uno de los pilares. Lanzó una patada a su oponente, pero este nuevamente fue capaz de esquivar el golpe y la patada de Keyor fue a dar al pilar, rompiéndolo. A pesar de sus rápidos reflejos, Drellis no pudo esquivar el chorro de un humo blanco que emergió potentemente

desde el interior del pilar roto. El humo lo cubrió todo y se mezcló con la atmósfera azulina del lugar.

Drellis tosió un par de veces, pero se recuperó rápidamente para seguir bloqueando los sablazos de su antiguo compañero y comenzar una furiosa secuencia de golpes de su láser que Keyor tuvo que bloquear de espaldas, usando su conexión con la Fuerza para ello.

De pronto, un extraño movimiento en la Fuerza le advirtió que algo malo había pasado, algo terrible. El corazón se le retorció en el pecho mientras le dedicaba a Kudan Reikull un mental «Qué la Fuerza te Acompañe». Pero no hubo tiempo para más, Drellis lo tomó de las manos y convirtió los sables en una tijera dispuesta a cortar la cabeza de Keyor. El Jedi luchó con todas sus fuerzas y llevó ambos sables cruzados cerca del cuello del Ejecutor quien usando toda su energía sacó la mortal tijera de su cuello y propinó a Keyor una feroz patada en el estómago que lo sacó hacia atrás. Keyor no alcanzó a caer y se rehizo prontamente, pero las fuerzas ya no le daban, más allá de los físico, su corazón estaba destrozado, tan destrozado como si la Orden 66 estuviera sucediendo en ese mismo instante.

Bajó la guardia y miró a su alrededor con los ojos empapados en lágrimas. Todo lo que conocía había muerto ese día, todo lo que amaba le había sido amputado de su corazón con una crudeza inexplicable.

Drellis hizo lo suyo. Tomó algo de aire y viendo a su oponente que lo observaba con ojos derrotados, también bajó su sable.

Pero Keyor no estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente y ambos volvieron a cargar uno contra otro. Lucharon con tesón por algunos minutos, hasta que sus sables quedaron cruzados frente a ellos y tuvieron la oportunidad de verse por fin a los ojos directamente.

—El maestro estaría orgulloso —comentó Drellis, mientras lo único que lo separaba de Keyor eran los dos sables.

—¡Cómo te atreves a hablar de nuestro maestro! —Keyor no gritó, pero su voz iba cargada de una ira controlada.

—Me gané ese derecho cuando lo castigué por sus crímenes.

Keyor pareció sorprendido.

—¿A qué te refieres? ¿De qué me estás hablando?

—¿Acaso no lo sabes? —en el rostro empapado de sudor del Ejecutor nació una expresión sarcástica—. Yo lo maté… con este mismo sable —casi podía leerse la victoria en sus palabras. Sabía que lo que estaba confesándole a Keyor era más letal que cualquier golpe de su espada.

—No te atreverías… —fue lo único que salió de sus labios. La verdad, el mundo parecía darle vueltas a su alrededor.

—Trató de engañarme —sólo en esas palabras se leyó un atisbo de tristeza, pero su expresión se mantuvo incólume—. ¡Me pidió que asesinara al Canciller! —el sólo hecho de pensar en eso parecía repugnarle—. ¡No es más que un maldito traidor! ¡Cómo tú! ¡Cómo tus amigos!

Keyor lo hizo a un lado y caminó por el lugar con un nudo en el corazón. No sabía qué hacer ni qué decir, no sabía qué pensar. Una congoja más allá de toda razón lo hizo presa, mientras el peso de todo lo que había sucedido pareció caerle encima de una vez.

—¿Por qué lo hiciste? —su voz sonaba apagada como nunca antes, no tenía fuerzas para articular nada más.

—Hago lo que siempre he hecho, Keyor. —Drellis había abandonado su postura sardónica y altiva y se pareció un poco al Drellis que Keyor había conocido. Por un momento, Keyor se dejó llevar por esa imagen tan querida, pero las venideras palabras del Ejecutor lo trajeron al terrible presente—. Defender la paz… la justicia… ¡Defender la República!

Keyor no daba crédito a lo que veían sus ojos. La mentira había envenenado el corazón de su amigo y lo había matado. El ser que estaba de pie frente a él no era Drellis, era un engendro del Emperador, un engendro creado a base de mentiras y embustes.

—¡No eres capaz de entender que la República ya no existe! —Keyor subió la voz—. Tú y los que están contigo la hicieron desaparecer.

Drellis lo miró con una expresión desencajada.

—No sabes lo que dices.

—¡Tú luchaste a nuestro lado! —la voz de Keyor era casi una súplica.

—Cállate —ordenó Drellis, mientras la rabia lo volvía a transformar en Ejecutor Imperial.

—¡Eras uno de nosotros!

—¡Cállate he dicho! —ordenó esta vez con un grito.

—¡Eras un Jedi!

Pero no existía en la Galaxia una palabra que lo hiciera volver a atrás, no existía una persona viva o muerta que lo hiciera salir de su error. Ya era muy tarde para él: el Emperador había hecho un gran trabajo.

—¡No vuelvas a decir esa palabra! —gritó con furia, mientras volvía a lanzarse sobre Keyor Alleguis, pero esta vez lo hizo con toda su energía, con toda su rabia, con toda su humanidad.

Drellis era una máquina, sus movimientos eran certeros y mortales, mientras Keyor, traspasado por el dolor de todo lo que estaba pasándole, comenzó a perder terreno ante la ira del que fue, en algún momento, su vital apoyo. Mientras, poco a poco, iba perdiendo terreno también ante la tristeza y ante el cansancio.

Keyor era un Jedi, pero en esos momentos pareció cuestionárselo todo, pareció incluso que Drellis tenía razón… Nada parecía tener sentido y a la vez todo parecía urdido por un macabro plan de la Fuerza para ponerlo en ese momento y en ese preciso lugar en esas exactas circunstancias para probarlo como Jedi y como ser. Toda su vida, todos sus momentos, todas las personas que conoció lo llevaban a ese preciso momento, él valía sólo por ese momento, nada de lo que había hecho tendría sentido si fallaba ahora. Siddhis había comprendido lo que era la Fuerza, Nagai su Voluntad, Kudan había entendido el sacrificio que esa Voluntad exigía y ahora le tocaba a él comprender que la

Fuerza le mostraba que el error que habían cometido, como Jedi, durante todos esos años de historia de la Orden era juzgar y acabar con lo que ellos consideraban el mal y la oscuridad de manera indiscriminada, llenando la Galaxia de demasiada luz. El Equilibrio constaba de dos partes: Bien y Mal, Luz y Oscuridad y ahora le tocaba su turno a la Oscuridad y cuando la Oscuridad cometiera el mismo error que ellos, llegaría la semilla del Renacimiento para volver el balance. Era el ciclo de las cosas, era el ciclo de la Fuerza y ellos nunca fueron quienes para detenerlo.

El puzzle estaba completo y Keyor había triunfado mediante la comprensión. La semilla del Renacimiento era su misión y dar la vida por ello era un honor más allá de todos los honores que había recibido en su vida.

La mano de Keyor fue herida por el sable del Ejecutor mientras desde su garganta nacía un grito de dolor, un grito que emergió desde las profundidades de su ser como un reflejo por el dolor de la herida, no obstante, también era un lamento por lo que estaba sucediéndole, por lo que les había sucedido a todos sus amigos, incluyendo a Drellis.

Keyor cayó de rodillas al sentir que el sable del Ejecutor rebanaba también su pierna, mientras miraba con tristeza la herida cauterizada de su mano. Estaba desarmado, su sable había sufrido una suerte parecida a la de su mano, con el golpe se había partido dejando al descubierto el cristal.

Keyor cerró sus ojos mientras la figura de Drellis se ponía a su lado. Y no tuvo miedo de lo que sucedería, pues había triunfado en su interior, porque la semilla del Renacimiento estaba lejos del alcance de Drellis y de la Oscuridad, así como había sobrevivido en la clandestinidad la semilla del mal de los Sith, así sobreviviría la Luz: el Equilibrio de la Fuerza. Y Keyor comprendió lo que esto era.

A su mente vinieron miles de recuerdos hermosos que atesoraba en su interior, aunque atesorar no era de Jedi, la Orden tal cual era antes de la Orden 66 había subestimado el poder de los sentimientos y Keyor no podía cometer ese error habiendo comprendido. Así que se dejó llevar por los recuerdos, la nostalgia, el cariño, incluso la tristeza.

—Que la Fuerza sea contigo, Keyor Alleguis —fueron las últimas palabras que escuchó el Jedi.

Drellis alzó su espada y por primera vez en la velada su mano tembló, fue un momento, tan sólo un momento, pero no había llegado tan lejos para hesitar en ese crucial instante. Con un grito casi de dolor y un único golpe, el Ejecutor Imperial cumplió su cometido.

El cuerpo decapitado del único amigo verdadero que había tenido en su vida cayó al suelo. Drellis lo miró con respeto, mientras un nudo se formaba en su garganta. Luego caminó y miró el cuerpo de Siddhis Bellatrix que yacía con los ojos azules abiertos y la mirada muerta dirigida a un punto inexpugnable. Un ligero ademán de reverencia fue la última despedida de la Curadora Jedi. Unos pasos más allá yacía el gran maestro Dan, cubierto por la capa de Keyor. La sombra de su verdugo pasó frente a él, se detuvo un momento y luego siguió.

Sin mirar a atrás, el Ejecutor Imperial desapareció comido por las negras fauces de los túneles de los niveles inferiores de Fondor.

Capítulo VI
Despedida

Las Tropas de Asalto imperiales también llenaron los verdes bosques de Fondor, algunas speeder corrían de allá para acá, cruzando los bosques, mientras el práctico oficial Tash Khart, vestido con su atuendo típico, supervisaba la ocupación. El planeta ya había caído. Los hombres del Capitán Alerios habían huido, después de que su superior había dado el grito de «Retirada», un grito desgarrador, un grito doloroso que había herido el alma del buen capitán para siempre.

Nefer con su hijita en brazos, Kitster y R2D2 corrían escondidos entre los follajes y arbustos de los bosques de Fondor. Tomarían una speeder para llegar a salvo a la costa y abordar el ansiado transporte que los llevaría a Alderaan.

Kitster iba adelante, sus ojos negros y su agudo sentido del peligro los guiaba por aquel campo, ahora enemigo.

—Nos buscan a nosotros, Kitster —anunció Nefer haciendo caso de lo que le indicaba la Fuerza.

Y ella tenía razón. Un soldado se acercó al oficial Khart y le informó:

—El sector está limpio, señor.

—Tienes razón, aquí sólo hay vehículos de carga, hay que continuar con nuestra búsqueda en otro sitio.

—A la orden, señor.

Kitster asintió con la cabeza.

—Tienes razón, lo bueno es que no nos han visto ni se han percatado de nuestra presencia, podemos seguir.

Nefer arropó bien a la bebé y caminó por entre los arbustos.

Amaba a Kitster Banai. Lo que ahora hacía por ellas la emocionaba enormemente y la hacía amarlo aún más. Siempre se había molestado por lo sobreprotector que a veces se ponía, innumerables veces envidió a su amiga Siddhis por la libertad de acción que siempre exhibía, por su fortaleza e independencia, sin embargo, en esos momentos supo que Siddhis tenía razón cuando le dijo una vez que nada fortalecía más a una mujer que ser madre.

Ser madre. No era fácil serlo cuando no existía un ejemplo con el cual guiarse. No había sido fácil aceptarse y aceptarlo, pues era una tarea desconocida para ella también, pero la naturaleza le había dado la pauta y su instinto se había desarrollado sin problemas. Además su pequeña valía todos los esfuerzos del mundo.

Agradeció, como nunca antes, tener a Kitster a su lado en esos momentos de confusión extrema, no para que la salvara, sino para que la acompañara y le diera la fuerza que a veces ella creía carecer. Con él a su lado las cosas eran diferentes y se sentía capaz de cualquier proeza, por más difícil o imposible que pareciera.

Pero una sombra de duda nubló sus pensamientos. Se quedó de pie y no siguió caminando, parecía petrificada y con la mirada oscurecida por la pena.

—¿Qué pasa? —susurró Kitster mientras vigilaba a su alrededor que nadie estuviera cerca de ellos.

—No debimos haberlos dejado ¡No debimos abandonar a Kudan! De hecho, no debimos dejar los niveles inferiores del planeta ¡Ahora todos han muerto! Kudan, Keyor, Nagai y Siddhis, todos están muertos —sus ojos marrón se llenaron de lágrimas—. No debimos haberlos dejado —musitó.

—Si no lo hubiéramos hecho estaríamos muertos también y todo lo que el Grupo Renacimiento hizo en el pasado se habría ido a la basura —dijo intentando darle algo de consuelo a su pareja, sin embargo, saber de la muerte de todos sus amigos lo destrozaba a él también.

—Tengo una espada de luz y no la usé en su momento…

—Nefer, debes entender que la misión es más importante, ellos confiaron en que seguiríamos el camino, sino lo hacemos sus muertes habrán sido en vano.

—La próxima vez no dejaré de desenfundar mi espada de luz —le dijo con algo de rabia retenida en la voz.

—Si todo sale bien, amor, no habrá una próxima vez.

Nefer asintió. Como Jedi también tenía el instinto de misión muy desarrollado y su instinto maternal la empujaba a querer, a lo menos, que su niña estuviese a salvo. Pero no era tan fácil, no cuando sentía que no había hecho lo suficiente por ayudar a aquellos que la habían ayudado. Sin embargo, era la Voluntad de la Fuerza que las cosas hubieran salido así, todo tenía un por qué.

R2D2 caminaba en la vanguardia, Kitster venía detrás y luego Nefer y su niña en los brazos, iban rumbo a la speeder que los llevaría a la costa.

—Podemos avanzar, las tropas imperiales se movieron a otro lugar —avisó el mercenario, mientras bajaba con cautela el arma que llevaba en sus manos.

Varias Speeder Fondoreanas modelo F1 los esperaban estacionadas frente a ellos, era el momento que habían estado esperando, la costa no estaba cerca, pero en ese vehículo terrestre de desplazamiento aéreo de carga de insumos menores y un número restringido de pasajeros, coronado con el ángel de Fondor en la parte delantera y una cabina protegida por una cubierta negra, podrían llegar muy pronto, ya que estaba diseñado especialmente para recorrer de manera rápida y eficaz la irregular superficie planetaria.

—R2, súbete —ordenó Banai. El astromecánico hizo un par de sonidos de aprobación—. Tú también —esta vez le habló a la Jedi.

—¿Qué dices? ¿A qué te refieres? —preguntó aunque la respuesta ya había sido deducida a través de su conexión con la Fuerza.

—Tengo que volver por el regidor Sunfader —contestó y la expresión de la mujer cambió radicalmente.

—No lo hagas, sabes que no quiero.

—Le debo la vida. Tengo que salvarlo.

—No… —trató de articular algo más, pero su voz se quebró irremediablemente. Ella era una Jedi y lo que decía Kitster lamentablemente era muy loable, pero no era fácil

acceder, no era fácil porque si lo dejaba ir él ya no volvería, no después de todo lo que había visto en ese planeta, no después de haber estado tan cerca de la muerte.

—Andros Sunfader me liberó cuando yo era un esclavo, es hora de devolverle la mano, no puedo dejarlo acá y lo sabes, después de todo si no hubiéramos llegado a este lugar esto jamás habría pasado.

Nefer asintió y bajó la vista para no mostrar los ojos empapados en lágrimas que no podía evitar.

—Sé que debes ir, sé que debes hacer esto, pero no puedo pensar ya como una Jedi, no cuando te amo, no con este sentimiento tan poderoso en mi interior.

—Yo también te amo, Nefer, a ti y a la niña las amo a ambas, pero no puedo dejar a quien me salvó de la esclavitud, sin esa ayuda tal vez jamás nos hubiéramos conocido.

—Ya sé por qué los Jedi no debemos enamorarnos, los compromisos duelen demasiado en estos momentos. Primero tuve que dejar a Nagai, a Keyor, Kudan y Siddhis, tuve que desprenderme de ellos sin tener la mínima oportunidad de despedirme, tuve que hacerlo sin mirar atrás y ahora…

—Debes ser fuerte como fueron ellos. Ni te imaginas el dolor que sintieron cuando se veían morir unos a otros, cuando nos vieron partir junto a Kudan, cuando Siddhis cayó bajo la espada altanera del Ejecutor. Se tenían los unos a los otros como yo te tengo a ti y a la niña, pero el deber me llama como los llamó a ellos.

Nefer asintió, pero esta vez lo miró de frente, posando sus ojos marrones sobre los negros del mercenario en todo su esplendor y hermosura.

—Llegaré —prometió Banai con una sonrisa dulce en los labios.

—No me iré sin ti. Te estaré esperando.

—Yo sé que sí.

Kitster tomó suavemente con ambas manos el rostro de Nefer Jade, luego posó sus labios sobre los de ella y la besó tiernamente, luego la miró intensamente y besó a su hijita en la frente.

—Ahora, ve.

Nefer se dio media vuelta y puso a la bebé en el speeder, luego de un ligero salto se subió ella. Miró a Kitster, le dedicó una bella sonrisa y la cabina negra cayó para ocultarla completamente de la mirada del mercenario.

El vehículo partió y se perdió comido por las fauces del espeso bosque fondoreano. Banai la miró alejarse con un nudo en la garganta.

—¡Qué la Fuerza te acompañe! —musitó con amor y pesar mezclados en un único y doloroso sentimiento.

En la speeder, Nefer se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas y sus ojos y su mente se centraron sólo en la tarea de llegar a la costa. Por ahora, eso era lo único importante.

* * *

Kitster corrió con todas sus fuerzas hasta resguardarse en el gran hangar que había al otro extremo del bosque. El lugar era amplio y varias naves y partes de naves lo decoraban todo. El mercenario vio pasar a varios civiles vestidos en sus típicos atuendos de túnicas blancas cortas y pantalones negros por su lado, huyendo de la batalla que les pisaba los talones.

Se paró en el umbral de la entrada, subió su arma y miró para todos lados. Parecía ser un lugar seguro para encontrar una nave y viajar hasta el palacio del Regidor y liberarlo de sus captores imperiales. El eco de sus pisadas se confundía con los ruidos de la guerra y los gritos de dolor que venían del exterior.

No obstante, una figura temida e imponente le cerró el camino. Era el misterioso Boba Fett, el mercenario más peligroso de la Galaxia, el hombre que seguramente había matado a Kudan Reikull hacía algunos momentos atrás, así lo supuso Kitster al verlo llegar sano y salvo.

—Ríndete, Kitster Banai —la voz metálica de Fett se elevó e hizo eco en la estructura que los contenía—. Y no sufrirás el destino de tus amigos hoy.

¿Rendirse? No podía estar hablando en serio.

—Me ofendes con tu proposición —contestó—. De todas maneras, es bueno verte, Fett. Es hora que arreglemos esto a la vieja usanza.

Banai arrojó su arma al suelo y le mostró sus puños a Fett.

—Como gustes, mercenario.

Boba arrojó su arma, imitándolo.

—Siempre quise partirte la cara —exclamó el caza-recompensas, mientras se abalanzaba sobre el joven mercenario, casi tan joven como él.

Kitster tenía movimientos rápidos, pero Boba lo era aún más y aunque su armadura era bastante pesada de por si, el caza-recompensa se movía rápido y ligero.

—Demasiado lento, Banai —exclamó Fett, mientras le propinaba al mercenario varios golpes. Kitster acusó recibo de ellos, sin embargo, no se dejó amedrentar por la destreza ni por la seguridad de su oponente.

—No será tan fácil atraparme.

El sudor llenaba el rostro de Kitster, pero sus ojos negros mostraban una ferocidad que impactaba, incluso al mismo Fett.

Devolvió con destreza varios de los golpes del hijo de Jango, incluso logró que Boba perdiera el equilibrio, no obstante, el caza-recompensas era una caja de sorpresas y cuando se vio acorralado por su enemigo, su voz metálica se alzó por sobre el ruido de la guerra que venía desde el exterior.

—Lo intentaste, Banai —casi se podía ver la sonrisa maliciosa bajo el casco—. Pero olvidaste algo.

—¿Qué? —Kitster no tuvo tiempo ni de reaccionar cuando una descarga eléctrica muy poderosa lo lanzó lejos, perdiendo la conciencia al caer.

—Yo nunca juego limpio.

Capítulo VII
La Tortura

En el hermoso Palacio de Gobierno del fallecido Regidor Andros Sunfader, existía una cámara secreta a muchos ojos. Era una habitación lóbrega, oscura, iluminada sólo por una luz anémica.

Los ojos de Kitster Banai alcanzaron a recorrer sólo una porción de este lugar antes de darse cuenta que un dolor horrible lo recorría completo y que no podía moverse para evitarlo. No sabía dónde estaba, sabía que podía estar en alguna de las habitaciones del Palacio de El Dactario, pero no estaba seguro, era poco lo que podían distinguir sus ojos, también podía estar en alguna estación aledaña o en algún tipo de subterráneo. Todo podía ser posible. Un extraño dolor agudo lo llenó y sus pensamientos se hicieron confusos. Pronto no podía pensar en nada más que en el dolor que lo recorría de pies a cabeza.

Sus gritos desgarradores llenaron la sala, mientras uno de los nuevos prototipos de soldados de asalto imperiales movía sin la menor sombra de piedad varias perillas de un panel control infligiéndole con ello el dolor que sacaba de su garganta gritos desgarradores.

Estaba inmovilizado a una camilla de tortura, atado de pies y manos por cuerdas de energía azulinas.

Pensó en Nefer y en su bebita y su dolor y su pena se acrecentaron. Ahora que había sido atrapado no podría llegar a la costa para estar con ellas ¿cómo avisarle a Nefer que debía irse sin esperarlo? Y lo que era peor ¿cómo obligarla a hacer algo tan doloroso como abandonarlo en Fondor? Ella sabría lo que tendría que hacer, era una Jedi y su fortaleza era mucha, aunque a veces le costaba reconocer esa fuerza interior en ella. Sin embargo, su pena era inmensa al pensar que no la volvería a ver.

Una nueva descarga eléctrica sacó nuevos gritos de dolor del mercenario.

No obstante, el soldado detuvo la tortura al sentir una respiración cavernosa y constante llenando el lugar casi como una amenaza de muerte.

La imagen imponente del Oscuro Señor del Sith, el temido Darth Vader, apareció en la negrura de la lóbrega habitación de tortura. Su figura se alzó como un fantasma penumbroso sobre la camilla donde estaba sujetado el mercenario y su voz se elevó para remecer todas las células del enamorado de Nefer Jade.

—No necesitarás estas —le dijo. A un movimiento de su enguantada mano, las cadenas de energía que lo unían a la camilla se soltaron.

—¿Qué quieres de mí? —su voz derrotada parecía casi un susurro inaudible, una voz cansada de luchar, una voz traspasada por la pena.

—Información. Quiero saber la ubicación de los grupos organizados de Jedi que atentan contra el Imperio.

—No sé de qué estás hablando.

Vader se acercó amenazador al mesón y apuntó a Banai con su dedo.

—No trates de engañarme. ¿Dónde están los demás Jedi? ¿Dónde está Obi-Wan Kenobi?

—Jamás he escuchado hablar de él…

No pudo continuar. Pronto, haciendo uso de su poder, Vader comenzó a estrangular a Kitster.

—No me mientas, mercenario —le dijo y a pesar de lo que estaba pasando, la voz de Vader parecía calmada, dueño absoluto de la situación.

—Lo… Lo juro… —articuló a penas.

El mercenario trató de soltarse, pero no fue posible y luego, cansado ya de luchar, se entregó completamente. Sin embargo, pronto el aprendiz del Emperador lo liberó.

La respiración de Kitster parecía normalizarse, mientras con sus manos tocaba su cuello adolorido.

—¿Por qué estás ayudando a los Jedi?

—¿Por qué habría de decirte eso? —el mercenario parecía sacar fuerzas de flaquezas, tratando de guardar sus sentimientos por Nefer y su hija lo más profundo en su interior para no delatarlas ante la mano derecha del Emperador, no obstante, el poder de Vader comenzó a estrangularlo nuevamente.

—Tus sentimientos de traicionan, mercenario ¡Habla!

—¡Está bien! —masculló ahogado—. ¡Está bien!… está bien… por un amigo supongo.

—¿Un amigo? ¿Qué amigo? Habla si no quieres seguir sufriendo.

—No sé qué importancia podría tener para ti, pero si realmente quieres saberlo, te lo diré: Crecimos juntos como esclavos en Tatooine. Un día él se fue muy lejos para convertirse en un Jedi… Cuando gané mi libertad, recorrí la galaxia esperando verlo nuevamente. La guerra me llevó a Coruscant. Ahí me dijeron… Que había muerto… Al ayudar a los Jedi… me siento cerca de él nuevamente. Casi como si lo ayudara a él… —la voz de Kitster se oía melancólica.

Su amigo Jedi había significado para él mucho en su infancia, y a la vez había sido su modelo a seguir durante toda su juventud. Después de aquella carrera de vainas que ganó, donde Kitster siempre había estado junto a su amigo y su familia incluso cuando nadie creyó en él, se fue muy lejos para ser un Jedi y pronto las noticias de la holored le informaron las proezas de aquel que había sido casi su hermano «El Héroe sin Miedo» le llamaron, otros hablaban del Elegido. El corazón de Kitster no podía estar más lleno de orgullo por él y por lo mucho que había logrado. Siempre había sido un gran sueño reencontrarse alguna vez con él, pero cuando la guerra sumió a la Galaxia en la Oscuridad, sintió que ese sueño se había alejado.

Pero lo había mantenido siempre oculto en su corazón. Hasta que acabó la guerra y con ella una oscuridad aún más profunda llenó la Galaxia y una noticia demoledora llegó a sus oídos «Anakin Skywalker habría muerto en la masacre al Templo Jedi». Sufrió mucho por esa noticia, pero se propuso estar siempre junto a los Jedi, sobretodo de su querida Nefer.

Aquel día en que su amigo partió de Tatooine lo recordaba como si fuera ayer, como si no hubiesen pasado más de la década estándar que realmente había pasado.

Vader guardó silencio unos momentos ante la declaración de su prisionero, su mente voló por unos mínimos instantes a Tatooine, a la carrera de vainas y más aún a la imagen de su amigo Kitster. Fueron instantes, sólo eso, pero lo que quedaba de Anakin dormido en lo profundo de su ser pareció removerse. Se dio media vuelta, pensativo.

—¿Su nombre era Anakin Skywalker? —preguntó con su voz potente y metálica.

—¿Cómo sabes eso? —la voz del mercenario era un grito retenido.

—Yo… —titubeó por unos momentos. Se dio vuelta para mirar de frente a Kitster Banai, una pena antigua se impregnó en sus palabras.

Era él, era su amigo de infancia. Era un recuerdo doloroso que lo unía con aquello que llevaba tres años intentando asesinar… tres años intentando borrar a Anakin Skywalker que vivía escondido en su interior… y ahora, al estar frente a Kitster Banai miles de recuerdos lo inundaron sin la menor piedad… Tatooine, su madre muriendo en sus brazos… Padmé…

—Yo lo maté —dijo por fin.

Algo muy parecido al odio pareció hacer presa al mercenario, sus ojos marrones se llenaron de lágrimas y su rostro se desencajó de tristeza, de rabia, de frustración.

—¡Asesino! —el grito de Banai pareció remover aún más los restos de Anakin en Vader.

En una reacción prácticamente refleja, Kitster tomó el arma del soldado que lo torturaba, disparándole y asesinándolo, luego vació el bláster sobre el Señor Oscuro, no obstante, todo fue en vano, Vader desvió sin problemas la carga de disparos del mercenario y luego, utilizando el poder del lado Oscuro de la Fuerza, Darth Vader lo inmovilizó fácilmente.

Pero Kitster se abalanzó sobre Vader, ya sin pensar en las consecuencias de sus actos; sólo guiado por la pena y la rabia, sólo guiado por todo este extraño mundo que lo rodeaba.

Sin embargo, una sorpresa más dolorosa y más terrible le esperaba en las puertas de la muerte a Kitster Banai. Mientras el sable escarlata de Vader perforaba sin piedad su estómago y su mismo ejecutor lo sostenía para que no cayera tan bruscamente al suelo, el mercenario, el amigo, el casi hermano de Anakin Skywalker supo algo que terminó por fulminar las últimas fuerzas de su vida.

—¿Ani? —exclamó, mientras se le iba la vida en un destello bermellón.

Kitster Banai murió con una verdad terrible en los labios. Vader lo miró por última vez tirado en el piso y lo que quedaba de Anakin en él volvió a dormirse en las profundidades de su ser.

Capítulo VIII
La Caída de Fondor

Fondor cayó sin problemas. La muerte y el miedo llenaron sus calles y fábricas. Los soldados fondoreanos fueron capturados y puestos en el hangar principal del planeta junto a los pocos civiles de sobrevivieron. Los estandartes de los Astilleros Independientes de Fondor cambiaron súbitamente para mostrar el símbolo del Imperio. En todas las plazas públicas, la figura característica del Ángel de Nastallia fue reemplazada por la estatua del Emperador Palpatine, nuevo amo y señor del planeta. La libertad había muerto para Fondor, al igual que muchos de sus habitantes.

Cruceros estelares llenaron el espacio aéreo del planeta y las tropas de asalto controlaron todo a su paso con mano firme y una lealtad ciega a su líder.

Dentro del hangar los prisioneros fueron puestos en fila, con sus manos en alto, mientras el Ejecutor Drellis inspeccionaba su obra con un orgullo ciego. Se paseó por entre los prisioneros hasta que se posó frente a uno. Este era especial, no era cualquier soldado, era el Capitán de las Tropas Fondoreanas. Drellis sonrió sardónico.

—Tarius Alerios, el fiero capitán que creyó poder desafiar al Imperio —exclamó con una sonrisa—. Me alegro que no haya perecido en el ataque, hubiese sido un desperdicio, el imperio tienen interesantes planes para usted —dijo irónico imaginando las torturas a las que sería sometido el buen capitán—. Por ahora, lo importante es que se arrodille frente a su conquistador Darth Vader.

—Jamás —musitó Alerios con una mirada llena de odio, pero odio contra sí mismo, por no haber podido proteger su tierra de la caída, porque según su criterio las esperanzas que habían sido depositadas en él habían sido vanas. Lo que no sabía, era que la caída de Fondor no había estado gatillada por su falta de liderazgo o de técnica militar; lo que había propiciado la caída de su amada tierra era la Voluntad de la Fuerza. No lo entendería ese día, pero tendría vida aún para comprenderlo.

—Lo hará, Alerios, lo hará aunque no quiera.

Drellis recorrió con su mirada a los maltratados prisioneros.

—¡Todos lo harán si quieren vivir!

El Ejecutor caminó orgulloso frente a los prisioneros y se unió a la Guardia Imperial de rojos trajes y rostros misteriosos y desconocidos cubiertos por máscaras del mismo color. El caza-recompensas Boba Fett estaba a su lado, como gestor de la muerte de Kudan Reikull, Drellis podía respetarlo, aunque le habría gustado eliminarlo con su propio sable como a los otros. Ya no importaba, este era su momento de gloria, era su momento porque había cumplido con su deber y su juramento de lealtad para con el Canciller Palpatine, porque había salvado la Galaxia de la amenaza de un grupo subversivo tan peligroso como El Grupo del Renacimiento. Nefer Jade y su hija serían encontradas y eliminadas prontamente, así que no se preocupaba, la victoria era total y su ceguera lo era también, pero de eso Drellis no se percataba.

De súbito las grandes puertas del hangar se abrieron automáticamente para mostrar la esbelta e imponente figura del Señor del Sith, la luz entrante los hacía parecer a los ojos de los conquistados como una presencia o una aparición sobrenatural.

Caminó con paso firme delante de los prisioneros, mientras estos iban arrodillándose uno a uno a su paso. Tarius se quedó inmóvil sin la menor intención de someterse ante el brazo derecho del tirano, sin embargo, el golpe brusco y sin miramientos de un soldado de asalto con la culata del bláster lo obligó a imitar a duras penas a los otros prisioneros.

Y Tarius Alerios se arrodilló ante Darth Vader. Ese momento humillante se quedaría grabado con fuego en su alma para siempre. Si hubiese estado solo tal vez habría llorado de la impotencia y de la rabia que todo esto le producía, sin embargo, se mantuvo majestuoso y digno en todo minuto.

El Ejecutor Imperial miró a Vader con su oscura mirada altiva y sin miedo, no obstante, cuando lo tuvo frente a él, en una señal inequívoca de respeto bajó su vista e hizo una ligera reverencia.

—Lo has hecho bien, Ejecutor —dijo Vader, llenado con su voz metálica y profunda y su respiración el hangar de los prisioneros.

—Gracias, Lord Vader, sólo he cumplido mi deber, los Jedi han muerto y con ellos poco falta para eliminar todo aquello que dificulta el camino de la paz —dijo con forzada humildad.

—El Imperio te recompensará bien por tus servicios, al igual que a ti, Boba Fett, este será el comienzo de una larga relación de negocios —dijo dirigiéndose al caza-recompensas que estaba al lado de Drellis.

—Por supuesto, mi Lord —contestó el hijo de Jango.

Darth Vader se dio media vuelta, mientras se unían a su caminata los dos Guardias Imperiales Reales. Con los Jedi y con Kitster Banai había muerto una parte más de Anakin Skywalker y las terribles pesadillas del pasado que a veces lo asolaban.

En el exterior, las tropas Imperiales llenaban las calles de Fondor, sus AT-PT poblaban todos los lugares y sus nuevos prototipos de soldados de asalto se veían por miles.

Fondor había caído. El Grupo del Renacimiento había caído.

Capítulo IX
Finale

La costa se veía infinita a los ojos de Nefer Jade. El atardecer pintaba el cielo de colores escarlatas y anaranjados, mientras las lunas de Fondor comenzaban a aparecer como figuras tenues en el cielo del ocaso.

El mar parecía inquieto, rompiéndose como cristal sobre las rocas del borde escarpado de la playa.

Nefer arropó a su bebita. Ella estaba tranquila, abrió sus ojos verdes y miró a su madre con ternura.

—Tu padre te amó —le dijo, mientras su corazón conocía internamente la verdad de la muerte de su pareja—. El hecho de que él no esté ahora aquí con nosotras demuestra lo mucho que te quiso… que te quiere… —se quebró, su voz, comida por el viento imperante, se quebró y sus ojos se llenaron de lágrimas. Continuó sin embargo—. Yo también te quiero mucho, Mara, eres mi razón de existir y eres nuestra última esperanza para el Renacimiento. Espero que algún día entiendas lo que ha pasado en este planeta, lo que un puñado de héroes ha sacrificado por ti y por la Galaxia. Te quiero Mara —la besó en la frente y luego levantó la vista. La nave que esperaban se acercaba a toda velocidad, mientras el cielo se iba llenando de los cruceros imperiales y de cazas TIE. Fondor había caído y con él el Grupo del Renacimiento, sin embargo, la esperanza yacía en los brazos de Nefer Jade.

La nave se posó suavemente sobre el mar azul oscuro en constante movimiento. Desde ella emergió el piloto que la manejaba, era un hombre alto, de contextura media y una entereza que se notaba a simple vista. Vestía el buzo azul distintivo de los soldados de Fondor.

El piloto sonrió al ver a la maestra Jade con la niña en brazos. Caminó a través de las rocas, acercándose lo que más pudo por la escarpada orilla, para tomar en sus brazos a la pequeña Mara. Luego, ofreció la otra mano para ayudar a la Jedi a caminar por aquel peligroso conjunto de rocas, mientras el mar se agitaba inquieto, pero Nefer se desentendió de ella y sólo sonrió con dulzura.

—Maestra Jade, soy Tini'H Zodtirrac, he sido enviado para llevarla hasta Alderaan sana y salva. Ya es hora ¡Tenemos que irnos ahora! —la voz del piloto se alzó por sobre el eterno sonido cristalino del mar.

—Llévela a Alderaan… —ordenó con decisión.

—Pero… —Tini'H no sabía qué decir.

—Allá estará a salvo… Llévela a Alderaan —una pena interna se exteriorizó visiblemente en la voz de la Jedi—. Y nunca le diga de donde vino.

Tini'H Zodtirrac asintió con gravedad, mientras la niña en sus brazos le sonreía tiernamente.

La miró por última vez alejarse en los brazos del piloto. Sabía que podía confiar en él, era Voluntad de la Fuerza que así fuera.

—Adiós, Mara —musitó mientras la nave se perdía en los primeros vestigios de la noche venidera que mostraba el cielo del atardecer—. ¡Qué la Fuerza te Acompañe! —su voz se perdió en el viento y las lágrimas que llenaron el alma de Nefer fueron tan profundas y dolorosas que no alcanzaron a brotar de sus ojos.

Luego el cielo se llenó de cruceros que se acercaban a Fondor. Venían por ella. Sentía que todo el Imperio Galáctico venía por ella. Pronto estaría con sus amigos, pronto los volvería a ver, pronto se encontraría con la amistad cómplice de su compañera Siddhis, con la ternura que siempre le profesó Keyor, con la protección de Kudan y los consejos de Nagai, pero por sobre todo, pronto se encontraría con el amor de su vida: Kitster Banai. Pero Mara no, ella aún tenía mucho por vivir y su papel en esta historia estaba recién comenzando.

Para ella no, no habría otro amanecer.

Desenfundó su sable láser de hoja morada con precisión, mientras sentía en la Fuerza como se acercaban los enemigos.

Se llenó de la belleza del paisaje: el mar, las olas, el olor salino, la brisa marina sobre su rostro que movía su cabello castaño, y los colores del ocaso.

El sonido constante de su espada fue más fuerte que la canción eterna del mar y el latido de su corazón sobrepasó al sonido de los grandes e imponentes Vénator, de los cazas TIE rasgando el bello atardecer y al de las tropas de asalto acercándose.

Esta vez lucharía.

Agradecimientos

Cuando leí el guión de Renacimiento por primera vez me di cuenta que la profundidad de sus líneas merecían un reconocimiento que fuera más allá de la pantalla grande. Sus personajes son tan profundos y sus conflictos son tan internos y, a pesar que estén enmarcados en la ciencia ficción, tan reales que supe de inmediato que algún día escribiría la novela que hoy puedes leer.

Con estas palabras sólo quiero agradecer una vez más a Inti Carrizo-Ortiz, gestor de esta preciosa historia, por la confianza de haber puesto en mis manos su historia, algo tan suyo. Realmente espero haberle hecho justicia a su genial visión del universo de George Lucas. Además por confiar en mí para la personificación de Jedi 4 que pronto convertiríamos en Siddhis Bellatrix, curadora Jedi.

Agradecer, además, a todos aquellos actores que fueron parte del cortometraje quienes con su personalidad inspiraron todos aquellos pasajes que nacieron de la loca mente de esta humilde escritora y reforzaron con su actuación mi labor de crear un delta al río que es la historia que finalmente podemos ver en la edición final de Renacimiento.

A mi editor, manager y compañero de vida, Rodrigo Osorio quien con sus sabios consejos, su amor incondicional y su extensa visión del universo de Star Wars ayudó (y de qué manera) a la creación de esta pequeña novela.

A mis compañeros y amigos del equipo, a todos los que fueron parte de este sueño y a cuyo aporte más profundo en mi vida, hago un homenaje ahora en la forma de esta novela.

A todos ellos, a todos ustedes. Gracias.

Santiago, Chile
07 de abril de 2007
3:20 AM